



Voces, historias y emociones

Ocho relatos de resiliencia y
transformación en las aulas

DANIEL ROLANDO QUIMIZ VILLALTA
JUAN RAFAEL GUAMAN PITA


SIVAL
SISTEMA INSTITUCIONAL
VOCAL

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES

Datos Técnicos de Publicación Internacional

Título: Voces, historias y emociones

Autor: Daniel Rolando Quimiz Villalta; Juan Rafael Guaman Pita

Editor: Editorial SIVAL

Diseño de tapa: Editorial SIVAL

Corrección de Estilo: Editorial SIVAL

Formato: PDF

Páginas: 135 pág.

Requisitos de sistema: Adobe Acrobat Reader

ISBN 978-9942-7419-2-9

Sobre los autores



Daniel Rolando Quimiz Villalta

ORCID 009-0005-3389-7234

danirol-kimizz@hotmail.com

Ecuador

Mi camino: Resiliencia y propósito
Mi nombre es Daniel Rolando Quimiz Villalta. Soy Doctor Honoris Causa y activista de la Comisión Iberoamericana de Derechos Humanos, distinciones que asumo no como títulos, sino como compromisos nacidos de la experiencia, la lucha y la esperanza. Las pérdidas personales y las enfermedades que han marcado mi vida me han convertido en un hombre profundamente espiritual y empático, convencido de que incluso las heridas pueden transformarse en servicio.

A lo largo de veintiocho años de labor docente he comprendido que mi vocación va más allá de la enseñanza de contenidos. Educar, para mí, ha significado acompañar procesos humanos, sostener sueños y tender puentes para que otros descubran su valor y su capacidad de salir adelante.

Uno de los momentos más significativos de mi trayectoria fue convertirme en el profesor de mi propia madre. Acompañarla hasta verla obtener su título de bachiller en el colegio a distancia donde yo impartía clases resume el sentido más profundo de la pedagogía: sanar historias, dignificar trayectorias y demostrar que nunca es tarde para aprender.

Mi compromiso social me llevó a fundar una escuela en un sector urbano-marginal y a ejercer el rectorado en dos instituciones educativas, con la convicción de que un proyecto educativo construido con sensibilidad y coherencia puede transformar comunidades enteras.

Me apasiona escribir como una forma de dar voz a las emociones, experiencias y silencios que atraviesan la educación. Este libro nace de esa necesidad: creer que la fe, la voluntad y la educación pueden reconstruir cualquier destino.



Juan Rafael Guaman Pita

ORCID 0009-0008-2814-8505

rafaelguaman9@gmail.com

Ecuador

Soy Guamán Pita Juan Rafael, nací en Guayaquil, Ecuador, y encontré en la educación un espacio para escuchar, acompañar y comprender las emociones que habitan en cada aula. Mi camino pedagógico se ha construido desde la convicción que enseñar va más allá de los contenidos: implica reconocer las historias, los silencios y las vivencias que dan sentido al aprendizaje.

Soy Doctor en Educación y cuento con estudios de posgrado en Educación Superior, Organización de Centros Educativos y un MBA en Recursos Humanos. Esta formación me ha permitido desarrollar una mirada integral de la educación,

donde lo académico dialoga con lo humano y la pedagogía se vincula profundamente con la sensibilidad y el contexto de cada estudiante.

He impulsado procesos educativos centrados en el emprendimiento, la investigación y el pensamiento crítico, entendiendo estas experiencias como oportunidades para que los estudiantes descubran su voz, fortalezcan su identidad y se reconozcan como protagonistas de su propio aprendizaje. Acompañar estos procesos me ha confirmado que educar también es cuidar y sostener emocionalmente.

Me apasiona escribir como una forma de dar sentido a la experiencia educativa y formo parte de diversas investigaciones vinculadas a la pedagogía, las emociones y la transformación social. Una de mis obras más destacadas reflexiona sobre la inclusión, la empatía y el papel de la actitud docente frente a la diversidad.

Creo profundamente en una educación que escucha, humaniza y transforma.

“Educar no es llenar la mente, sino tocar el corazón”, porque solo desde la emoción el aprendizaje se vuelve verdaderamente significativo.

DEDICATORIA

DANIEL ROLANDO QUIMIZ VILLALTA

A todas las voces que se han silenciado, a las historias que buscan ser contadas y a las emociones que nos hacen humanos. A ustedes, que me inspiraron a escribir.

A mi familia y amigos, que son la voz de mi corazón. A mis lectores, que me permiten compartir mis historias y emociones.

JUAN RAFAEL GUAMAN PITA

A mi mamá,
porque aun en los momentos más difíciles fue refugio, fuerza y amor.
Este libro nace de todo lo que aprendí al verla resistir,
al verla cuidar, al verla amar incluso cuando la vida dolía.
Si estas páginas existen, es porque primero existió ella.

Para ti, mamá,
que fuiste hogar, luz y esperanza,
incluso cuando todo parecía oscuro.

AGRADECIMIENTO

DANIEL ROLANDO QUIMIZ VILLALTA

"Quiero expresar mi más profundo agradecimiento:

A Dios, por ser la voz que me guía y me inspira en cada palabra, por darme la fuerza para contar estas historias y por permitirme sentir y expresar estas emociones.

A mi esposa, mi compañera de vida, mi confidente y mi apoyo incondicional. Gracias por escuchar mis historias, por creer en mí y por ser mi refugio en los momentos de duda. Te amo.

A mis hijas, mis pequeñas estrellas, que me enseñan a ver el mundo con ojos de asombro y a sentir las emociones con el corazón abierto. Son mi inspiración y mi motivación.

A todos mis amigos, que han sido una fuente de apoyo, ánimo y amor. Gracias por estar allí, por escuchar mis historias y por ser parte de mi vida.

A todo ustedes, gracias por ser parte de este viaje de palabras, historias y emociones. Espero que estas páginas les toquen el corazón como me tocaron a mí al escribirlas."

JUAN RAFAEL GUAMAN PITA

A Dios, por sostenerme incluso cuando no entendía el camino.

A mi mamá, por ser raíz, fuerza y amor inagotable.

A mi pareja, por su apoyo constante y su presencia sincera.

A quienes creyeron en la educación, en la palabra y en la oportunidad de cambiar una vida.

Y a todos aquellos que, sin saberlo, inspiraron estas páginas.

PRÓLOGO

Este libro reúne ocho historias reales que revelan las dimensiones más profundas, invisibles y humanas que conviven en las aulas. Cada relato expone un mundo interior distinto, pero todos comparten un elemento común: la necesidad urgente de ser escuchados, comprendidos y acompañados.

En el entorno educativo, las emociones y vivencias personales de los estudiantes no siempre se expresan de forma directa. Muchas veces aparecen a través de frases, comportamientos o silencios que reflejan realidades profundas. Las historias reunidas en este libro revelan la compleja y profunda realidad emocional que viven muchos adolescentes dentro del espacio educativo.

Estas historias muestran que la educación va mucho más allá de los contenidos académicos: es un acto profundamente humano. En cada aula conviven vidas completas, heridas ocultas, batallas silenciosas y esperanzas que, a veces, solo necesitan una voz que diga: “Estoy aquí para ti”. Este libro es un recordatorio de que, detrás de cada estudiante, existe una historia que merece ser contada, comprendida y acompañada.

¿ESTÁ MAL QUE NO QUIERA VIVIR?

Esta historia presenta el caso de un estudiante que, detrás de su silencio y comportamiento desafiante, esconde un profundo sufrimiento emocional. Su encuentro con un docente sensible permite revelar la angustia que lo consume y muestra cómo la escuela puede convertirse en un espacio donde se escuchan los dolores que no se dicen, y donde un profesor puede ofrecer esperanza incluso cuando la vida parece perder sentido.

ANTES DE MORIR

El relato narra la vivencia de Lissette, una adolescente de 15 años que enfrenta una enfermedad terminal. A través del amor de su madre, la amistad sincera y el apoyo de un docente comprometido, se evidencia la fuerza del espíritu humano y la importancia de seguir aprendiendo aun cuando el tiempo es limitado. Su historia enseña que el valor de la vida no está en su duración, sino en las huellas que se dejan.

LA INÚTIL SOY YO

Narcisa, una docente endurecida por una antigua traición, descarga sin darse cuenta su dolor en sus estudiantes, especialmente en Dieguito, el hijo del hombre que la marcó. Cuando sus acciones generan consecuencias institucionales y un colega le ofrece apoyo, inicia un proceso de cambio personal. El regreso de los padres del niño, quienes le revelan el sufrimiento de su hijo y le piden ayuda, obliga a Narcisa a enfrentar su pasado y a reparar el daño. En ese camino descubre que sanar implica soltar, perdonar y transformarse, encontrando en la educación una nueva oportunidad para reconstruirse.

MI PAPÁ YA SABE

La historia de Jorge expone la dura realidad de un adolescente involucrado en actividades delictivas desde temprana edad, atrapado en un entorno violento y cargando secretos que sobrepasan su capacidad emocional. A través de la mirada de un docente, se revela cómo la empatía, la escucha y la guía pueden convertirse

en un rayo de esperanza para un joven que desea cambiar su vida, aunque la oscuridad parezca inevitable.

NO SÉ SI ME GUSTAN LOS HOMBRES

Este relato sigue el proceso interno de un adolescente que, envuelto en nuevas dinámicas escolares y presiones familiares, comienza a cuestionarse su orientación y su identidad. Mediante sus experiencias con amigos, vínculos afectivos y el acompañamiento de un docente empático, se muestra la complejidad del autodescubrimiento y la importancia de contar con espacios seguros para expresar dudas, miedos y emociones.

NO QUIERO, PERO YA SOY MAMÁ

La historia relata la vida de Allison, una adolescente atravesada por el abandono, la violencia y decisiones que no pidió vivir. En medio de dolorosas experiencias y un embarazo no deseado, encuentra en la escuela un espacio donde finalmente puede hablar, ser escuchada y recibir orientación. Su historia evidencia que cada estudiante lleva consigo heridas invisibles que requieren sensibilidad y humanidad para ser atendidas.

NO DEJARÉ QUE ARRUINE MI VIDA

Gina, marcada por el abuso y la violencia, expresa su dolor a través de actitudes agresivas que esconden un inmenso miedo. Este relato muestra cómo, detrás de su dureza, existe una niña que busca protección y una oportunidad para liberarse de un pasado traumático. Con apoyo escolar, comienza a reconstruir su voz, descubriendo que su historia no tiene por qué definir su futuro.

YA NO ERES UN NIÑO

La vida de Allan se desarrolla en un entorno marcado por la carencia, la soledad y las decisiones difíciles que llegan demasiado pronto. Entre la pobreza, la enfermedad de su madre y la ausencia de un padre, el joven se ve empujado a caminos que no eligió conscientemente, pero que lo colocan frente a dilemas morales que pondrán a prueba su carácter. En medio de este escenario adverso, surgen figuras inesperadas que, desde la solidaridad y el compromiso genuino, se convierten en faros de esperanza. Esta historia entrelaza la traición aparente, el perdón, la redención y la reconstrucción de los vínculos familiares, mostrando que incluso en los momentos más oscuros siempre existe la posibilidad de un nuevo comienzo.

Cada historia expone el vínculo entre las emociones y el entorno escolar, recordándonos que la educación implica, inevitablemente, encontrarnos con la vulnerabilidad humana. Desde la lucha contra la desesperanza, el enfrentamiento a enfermedades terminales, el peso de la violencia estructural, la búsqueda de identidad, la maternidad forzada o las secuelas del abuso, estas vivencias evidencian que los estudiantes llegan a clase con historias que, a veces, necesitan ser contadas para poder sanar.

Este libro nace para quienes han sufrido en silencio, para quienes han encontrado en la escuela una oportunidad, y para quienes, desde el rol docente o institucional, buscan comprender, acompañar y transformar. Que estas páginas sirvan como puente hacia una mirada más humana, sensible y consciente de las realidades que conviven cada día dentro de la comunidad educativa.

Contenido

¿ESTÁ MAL QUE NO QUIERA VIVIR?	12
ANTES DE MORIR	23
LA INÚTIL SOY YO	40
MI PAPÁ YA SABE	62
NO SÉ SI ME GUSTAN LOS HOMBRES	70
NO QUIERO, PERO YA SOY MAMÁ	81
NO DEJARÉ QUE ARRUINE MI VIDA	92
YA NO ERES UN NIÑO	103

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES

¿ESTÁ MAL QUE NO QUIERA VIVIR?

*La historia presenta el caso de un estudiante
atrapado en el sufrimiento emocional y
la esperanza ofrecida por un docente sensible*



La historia “¿Está mal que no quiera vivir?” revela una de las experiencias más profundas y sensibles que pueden presentarse en el ámbito educativo: el encuentro entre un docente y un estudiante que atraviesa un dolor emocional silencioso, pero devastador. En medio de un grupo desafiante, lleno de dinámicas complejas y comportamientos disruptivos, surge un caso que rompe cualquier rutina pedagógica y confronta al profesor con la fragilidad humana que a veces habita detrás de un aparente silencio.

¿ESTÁ MAL QUE NO QUIERA VIVIR?

Al iniciar el año escolar antes de la pandemia, en 2018, me asignaron como profesor de Química del tercer año de Bachillerato en Ciencias. Tenía cuatro paralelos a quienes debía enseñar la asignatura de manera simultánea. Por supuesto que eso es complicado, pero no imposible.

Uno de los retos que generalmente afronta un docente es que los estudiantes, aunque se los agrupe de forma etaria, no son en nada parecidos. Es común escuchar en la plática docente frases como: “esos chicos del A son tranquilos, pero los del C son unos chukys” (por referirse al muñeco de la película Chucky, el muñeco diabólico), “y ni se diga los del D, esa es la antesala del infierno”. No es que los docentes no quisieran enseñar, es solo una forma de desfogar la presión que viven al intentar mantener un clima de aula apropiado.

Justamente fue la “antesala del infierno”, el paralelo D, el grupo más difícil de manejar. No era que los estudiantes no quisieran aprender; lo que pasaba es que el grupo exigía atención en sobremanera, además de que tenían otros intereses más allá de leer un simple libro. Y en eso los docentes de aquel tiempo perdíamos el año. Estábamos tan acostumbrados a llegar al aula y pedir de manera ritual: “saquen el libro y busquen la página tal”. Eso era, para los chicos, el anuncio del aburrimiento y el inicio de una lucha sin cuartel. Por un lado, estaba el docente dispuesto a llevar su clase tradicional de la manera más tranquila posible. Eso significaba bancas alineadas, estudiantes bien sentados con su libro abierto en la

página indicada, pizarra con la fecha y el título de la clase, y el profesor sentado leyendo lo que los estudiantes podían ver por sí solos.

Por otro lado, estaban los estudiantes, quienes veían ese escenario como un reto a su agitación hormonal.

Para ese entonces, yo ya había vivido varias situaciones de riesgo que me enseñaron a evitar esos escenarios y sus consecuencias. Me costó desprenderme del libro, del marcador y de la pizarra. Debo reconocer que eso puede considerarse una adicción de la que se debe salir con prontitud, y como toda adicción, tiene sus recaídas.

El grupo D tenía la singularidad de que el destino —o la secretaría del plantel— había resuelto unir a más de un estudiante con problemas psicosociales que requerían atención personalizada, pero en un sistema de educación fiscal, eso es pedir demasiado. Los docentes hemos insistido en que se debe agrupar a los estudiantes considerando varios factores más allá de la edad. De por sí, es bastante difícil la convivencia con estudiantes de diferentes orígenes, y nosotros añadimos agentes que empeoran la condición, tales como juntar en un mismo salón estudiantes agresivos, adictos, abusados, o de familias violentas, entre otros.

La inclusión es un tema que no voy a tratar aún; sin embargo, dejo esta variable para considerar.

Cuando conocí al grupo, tuve que poner límites a la relación profesor-estudiante. Mi experiencia me dicta que si entras a trabajar con un grupo con una sonrisa de oreja a oreja y mostrándote como si fueras la personificación del amor, no serás

más que la burla de tus estudiantes durante todo el año. Y si no logras recuperar tu autoridad, sufrirás las consecuencias: estrés, ansiedad y el deseo de no escuchar ni mencionar el nombre de ese grupo.

Este grupo poseía una característica singular: eran muy sarcásticos y manejaban preguntas con matices burlones e irónicos. Para cualquier otro docente esto significaría una provocación, y de inmediato formaría juicios adelantados del grupo. Es así que muchos llegan a decir: “yo no me esfuerzo en ese paralelo; el que me quiera escuchar que me escuche, y el que no, que haga lo que le dé la gana”.

Al decir ese conjuro que cierra las puertas a la educación, se abandonan todas las oportunidades de generar aprendizaje. Es perder la batalla sin haber tomado la espada.

Durante una clase, mientras explicaba la tetravalencia del carbono, pregunté: “¿Han visto sustancias hechas de carbono?” Un estudiante de piel clara dijo: “Sí, a Simisterra”, señalando a un estudiante afrodescendiente. Hubo risas y gritos de burla. Lo miré fijamente mientras en mi mente me decía: “cálmate, tú también eras así cuando eras niño”.

En seguida dije: “¡Correcto!”. El grupo volvió a reír con más intensidad. Simisterra frunció el ceño.

Agregué: “Simisterra está hecho en su mayor parte de carbono, al igual que tú”. Eso despertó más risas y también curiosidad. Cuando vi que en sus caras había más interrogación que burla, inicié una breve explicación y procedí a embaucarlos con más preguntas.

Tomar la agresión y convertirla en una herramienta para educar siempre deja buenos frutos.

En esa clase pude notar que, aunque todos reían, había uno que no lo hacía. Era un muchacho alto, bien parecido y de mirada amenazante. Lo observé de reojo y procuré no atacarlo con preguntas innecesarias. Sabía que tarde o temprano tendría que conversar con él, así que dejé ese asunto para después. En las siguientes clases su comportamiento era el mismo: nada lo inmutaba. A pesar de que lo molestaban con apodos y las chicas le coqueteaban, él no mostraba ninguna emoción. Era como un mueble más en el salón.

No podía reportarlo al DECE. ¿Qué iba a poner? “El estudiante está tranquilo, no molesta y no responde a las bromas”.

Yo sabía que algo ocurría en su cabeza, pero no lograba conectar con él para saber cómo ayudarlo. No es que fuese mi función entremeterme en su vida personal, pero también pienso: ¿cómo voy a enseñar si no conozco al grupo que va a aprender? Creo que por eso la docencia es un arte: debes tener tu estilo de enseñanza y, al mismo tiempo, saber conectar con cada estudiante sin invadir su privacidad.

Al fin se presentó el momento de conversar con él. No presentó un deber y tuvo que justificarlo. Me dijo:

“Disculpe profesor, no tengo la tarea. Sé que hoy era el último plazo, pero... ¿usted cree que pueda traerla el lunes?”

Lo miré y pensé: si lo invado con preguntas, se pondrá alerta.

Solo le dije: “Está bien, pero debes traer una justificación firmada por tu representante donde indiquen la razón de tu atraso. Si no la traes, no podré revisarte”.

Él aceptó sin protestar. “El lunes le traigo todo”, respondió.

Llegó el lunes, y por supuesto, yo ya me había olvidado del asunto. Ni siquiera me tocaba dar clases en ese paralelo. Sin embargo, Alex me buscó en el patio durante mi turno de vigilancia del receso.

Traía la tarea y una hoja con una “justificación” que decía:

Estimado profesor: soy la representante del estudiante Armijos Alex. Por favor, ruego revisar la tarea atrasada de mi hijo.

Luego aparecía una fila de números y un garabato.

Sabía que la justificación era falsa, pero también veía que sus ganas de continuar estudiando eran reales. Decidí enfocarme en lo real y no desgastarme haciendo notar una mentira evidente a la luz de todos.

Alex sudaba mientras lo observaba. Le dije:

“Siéntate frente a mí”.

Él miraba hacia arriba, agitado. Revisé la tarea, firmé la hoja y puse la nota.

“Eso es todo”, le dije.

Él preguntó:

“Profesor... ¿por qué me firmó la tarea y aceptó la justificación? Sé que usted se dio cuenta de que no es real”.

Le dije:

“Lo sé. Pero también me doy cuenta de que tus ganas de estudiar sí son reales. Lo que sí me pregunto desde hace tiempo es por qué nada te inmuta”.

Él respondió:

“Yo también me pregunto eso todos los días, profesor”.

Guardé silencio. Su mirada se posó en el cielo y dijo:

“Yo ya no quiero vivir... pero mi mamá insiste en que debo hacerlo. Me siento vacío. Nada me provoca. Solo quiero dormir. He ido al gimnasio para desfogar mis ansias, pero no me sirve. No me interesa nada”.

Hubo silencio. Le dije:

“Soy muy preguntón, y con lo que me has dicho tengo muchas dudas. ¿Te las puedo decir?”

Asintió. Yo sabía que no debía cuestionar sus sentimientos ni compararlo con nadie.

Le pregunté:

“Si nada te place, ¿por qué me presentaste esta tarea?”

Él miró al piso y dijo:

“Creo que es la última oportunidad que me estoy dando”.

Me explicó que ya había probado varias cosas para despertarle algún interés, pero nada funcionaba. Recordaba que en una clase yo había dicho que cada uno de nosotros es una combinación única de elementos químicos, que por ser irrepetibles somos especiales, que nuestro cuerpo puede regenerarse, que nuestra mente puede estructurar nuevas formas de pensamiento.

Me lo dijo casi recitado; no podía creer que recordara todo con tanta exactitud.

Esa reflexión le decía que, si lo que yo había dicho era cierto, él podía generar nuevos y mejores pensamientos, y que quizás, en un futuro no muy lejano, podría ser una nueva y mejor persona.

Sin embargo, esa idea siempre luchaba con otra que era más fuerte:

“¿Está mal que no quiera vivir?”.

Sentí un frío extraño. Por primera vez tuve plena conciencia del peso de mis palabras. Entendí que lo que uno dice como docente puede dar vida o muerte de manera literal. El apego emocional que vino después fue intenso. Veía a Alex como una causa por la cual luchar y estaba decidido a asumir el reto.

Sabía que lo que él había dicho debía reportarse y que debía hablar con su representante. Esto último lo hacía para que supiera que podía contar conmigo y asegurarle que la confidencialidad estaba garantizada.

La representante era una mujer joven, con una mirada marcada por el sufrimiento. La entrevista era casi un protocolo, pero ella fue abierta al diálogo y agradecida. Intercambiamos números.

Me dijo que sabía que yo no podía intervenir mucho, pero me pidió que ayudara a su hijo.

También me dijo que no dejaba de hablar de la materia y del profesor

Alex estaba consciente de su “última oportunidad”. Le pedí al representante permiso para enviarle actividades adicionales, y aceptó.

DECE comenzó a monitorearlo, lo derivaron a un psicólogo y luego a un psiquiatra, quien lo medicó con ansiolíticos. Alex dudaba del tratamiento por temor a efectos secundarios. No lo contradije; lo conocía lo suficiente como para saber que necesitaba argumentos sólidos.

Le hablé del “apego químico”. No le expliqué nada. Sabía que investigaría.

Al día siguiente llegó con cinco hojas impresas sobre el tema.

Con Alex tuve que hacer tareas diferenciadas; lo trataba como un caso especial. No tenía discapacidad, pero requería otra forma de evaluación. Leía mucho sobre la depresión para saber cómo ayudarlo.

Sin que mis colegas se dieran cuenta, en reuniones dejaba caer detalles del caso. Eso despertó interés. Poco a poco armamos una red de apoyo para Alex —así le decíamos luego—. Esa red nos ayudaba a detectar señales que a veces se escapaban. Mis compañeras me decían:

“Hoy Alex está muy contento; debemos tener cuidado. Después de una euforia puede venir una recaída”.

Yo lo trataba con Alex, llamaba a su mamá, y todos estábamos alerta.

En sus evaluaciones incluía preguntas de reflexión como:

¿De qué manera te ayuda esto con tu propósito de vida?

¿Cómo te ayuda esto a relacionarte con los demás?

¿Con esta información puedes mejorar tu forma de pensar?

Esto me permitía ver cómo cambiaba su estructura mental. También trabajamos rutas de pensamiento.

Solicité que Alex realizara un proyecto interdisciplinar de forma autónoma. Eso lo ayudaría a medir sus logros y exponer sus ideas. Propuse hacer una línea de tiempo de su condición, investigar personajes históricos con experiencias similares y elaborar un scrapbook.

Le pregunté si quería exponerlo. Me dijo que sí, pero no ante toda la clase.

Tenía un grupo de compañeros con condiciones familiares similares. Habían formado vínculos; los unía la desgracia, pero lograron convertir la crisis en oportunidad.

A dos meses de finalizar el ciclo escolar, iniciamos el proceso de desprendimiento. El apego químico era fuerte, pero Alex debía comprender que la vida cambiaría abruptamente al terminar el bachillerato. Él lo sabía, pero lo mantenía oculto en su mente.

Con ayuda de DECE y algunos docentes, hicimos un desprendimiento escalonado en tres fases. Lo fuimos alejando gradualmente de compañeros, docentes y rutinas. También pedimos a su madre que buscara otra comunidad educativa para que no quedara sin un nuevo grupo de apoyo.

Hubo lágrimas en la graduación. Alex, por primera vez, expresó sus emociones de manera abierta y pública.

Ahora sigue estudiando y continúa en tratamiento. Pero es necesario decir que, más allá de los medicamentos y los profesionales de salud, lo que realmente le salvó la vida fue su determinación de buscar ayuda y la fortuna de encontrar un grupo de personas dispuestas a demostrar verdadero amor al prójimo.

Antes se hablaba del triángulo de la educación —padres, estudiantes y profesores—, sin embargo, he notado que la educación requiere más elementos para fluir. El trabajo articulado y el manejo no solo del conocimiento, sino también de las emociones, es fundamental, y en casos como el de Alex, es vital.

.

La historia de Alex demuestra que el rol docente va mucho más allá del aula y de los métodos tradicionales de enseñanza. A través de la sensibilidad, la constancia y la capacidad de ver más allá de lo evidente, el profesor se convierte en un puente hacia la posibilidad, hacia la reconstrucción emocional y hacia la vida misma. El acompañamiento articulado entre docentes, DECE, familia y médicos permitió que este joven encontrara apoyo en un momento crítico, recordándonos que escuchar sin juzgar y actuar con humanidad puede salvar vidas. Este relato reafirma que la educación no se limita a transmitir conocimientos, sino que implica reconocer el valor de cada ser humano, comprender sus luchas internas y crear redes de contención que hagan posible lo que parecía perdido. En un sistema educativo que enfrenta múltiples desafíos, esta experiencia muestra que un acto de empatía, una palabra oportuna y una mirada atenta pueden convertirse en el inicio de un cambio profundo y trascendental.

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES



La historia “Antes de morir” narra con profunda sensibilidad el recorrido emocional y humano de Lissette, una adolescente de 15 años que enfrenta una enfermedad devastadora. A través de sus vivencias, se revelan el amor de una madre, la fuerza de una amistad sincera y el compromiso transformador de un docente. Esta historia no solo muestra el dolor y la fragilidad de la vida, sino también la grandeza del acompañamiento, la esperanza y el aprendizaje significativo que pueden surgir incluso en medio de la adversidad.

ANTES DE MORIR

Son las 5:00 de la mañana. Mi mamá me llama muy despacio, como si no quisiera despertarme en realidad. Debemos ir a ver los resultados de unos exámenes médicos. Algo pasa en mi cabeza; he tenido fuertes dolores y, además, dice mi mamá que he convulsionado. De eso no me acuerdo mucho; solo recuerdo que me dio mucha ansiedad, ganas de gritar y luego creo que me desmayé. El traslado en el bus se nos hizo eterno. Nuestra casa está muy lejos del hospital al que vamos, un hospital especializado para este tipo de problemas. El médico del centro de salud nos envió para allá. Mamá no llora, pero yo sé que quiere hacerlo; ella solo me abraza y mira fijamente hacia arriba, como si clamara por algo.

Soy Lissette, tengo 15 años y vivo con mi mamá y mis dos hermanas menores. Papá se fue cuando yo tenía 7 años. A veces lo veo cuando mi mamá va a buscarlo para que nos dé el dinero que, según ella, es nuestro derecho recibir. Yo no lo quiero ver. Desde que él tuvo otra familia mi amor hacia él ha ido desapareciendo, gradualmente, como mi salud. Estudio en el colegio cercano a mi vecindario, es el más grande del sector; mis hermanitas estudian en la escuela que está cerca de donde yo estudio.

Mi madre llora por mí. La escucho conversar con mi tía por las noches. Le he oído decir que la sospecha del médico es que yo tenga algo en mi cabeza, un tumor o

algo así. Yo me veo al espejo y no me siento enferma; creo que esperaba ver algo brotando de mi cabeza, como cuando me pegué con la pared de mi cuarto por ponerme a bailar como Karol G y sin querer me golpeé. Se me hizo un chichón en la frente; recuerdo que mi mamá sacó una llave de su bolsillo y me la puso justo en el chichón. Eso me dolió mucho, tanto que ya no quería escuchar a Karol G. Pero esto que dicen que tengo ahora no me duele... bueno, no como ese chichón.

Hemos llegado al hospital. Hay mucha gente: personas con vendas en la cabeza, en sillas de ruedas y niños llorando. No es un escenario bonito. Ya estamos afuera del consultorio. Con nosotros está una señora muy mayor y otra menos mayor con un niño de unos 6 años. Todos tienen un semblante de preocupación. En la otra banca hay una señora conversando con otra; creo que son evangélicas o algo así, tienen una biblia en la mano. “Este doctor se demora —dice mi mamá— y yo ya no puedo más con esta desesperación.”

Al fin nos llaman. Mi madre entra desesperada y yo detrás de ella. El médico nos mira, pregunta cómo hemos estado y luego fija su mirada en la computadora. Lee por unos cinco minutos, como si quisiera encontrar algo. Yo estoy muy nerviosa, más por mi mamá; en estos días la he visto muy triste. Por fin el médico deja de leer y la mira a ella. Le pregunta si andamos solas. Ella contesta que sí. Yo no entendía por qué preguntaba eso... hasta entonces no lo entendía.

El doctor me miró fijamente y dijo:

—Los resultados no son buenos. Hay un tumor en el cerebro. Está en una zona muy sensible y está creciendo rápidamente.

Después de sus palabras todo fue confuso. Mi madre lloraba desesperadamente; yo lloraba porque mi madre lloraba; y el doctor buscaba calmarla, diciéndole que

había tratamientos para combatir la enfermedad. Luego de la noticia y del llanto consecuente, hubo mucho silencio. Noté que mi madre no sabía qué hacer. Estaba como en otro planeta. Solo me abrazaba fuertemente, casi hasta dejarme sin aire, como si a través de su abrazo quisiera remediar todo lo que nos estaba pasando.

Me tocó ponerme frente a ella y decirle que yo estaba bien, que me sentía bien y que, sin importar lo que pase, yo no la iba a dejar de amar. Volvió a llorar, y su llanto era muy angustiante. Bebió el cuarto vaso de agua y por fin dijo:

—Vámonos a la casa. Allá veremos cómo vamos a hacer.

En el camino de regreso hizo dos llamadas. La primera era para decirle a mi abuelita lo que había pasado; lloró nuevamente y luego de decirle que en la casa hablaban, le cerró. La otra llamada fue para papá. Esa fue menos emotiva: sus palabras eran ásperas y cortantes, como si ella considerara que mi papá tuviera la culpa de todo. A él no le dijo que quería hablar en casa; se limitó a decirle que esperaba que esta vez no nos deje solas con todo esto.

Cuando llegamos a casa eran las 11 de la mañana. Mi abuelita nos había hecho de comer y había planchado mi uniforme. Creo que mi mamá no esperaba que yo quisiera ir al colegio, pero con todo lo que había vivido en esa mañana, lo que menos quería yo era estar en mi casa. Necesitaba cambiar de ambiente y ver a mis amigas. Debo decir que, de todas ellas, solo dos sabían lo que me estaba pasando; ellas y mi profesor de Química. Es un hombre raro, usa palabras que no entiendo, pero es de los pocos que me pregunta cómo estoy y siempre nos deja una frase de ánimo antes de salir del salón.

Cuando llego al colegio mis ánimos mejoran. Saludo a mis compañeros y paso directo al laboratorio de Química. Hoy teníamos una práctica; el profesor nos iba a enseñar a elaborar un jabón líquido para manos como parte de un proyecto de ese parcial. Yo creía que estaba fingiendo bien. Trataba de sonreír y conversaba casi a

la fuerza con mis amigas. Pero cuando el profesor terminó la explicación y nos puso una tarea, dijo la frase del día:

—El jabón puede limpiarte el cuerpo, pero hablar con Dios puede limpiarte el alma.

La frase era motivadora y el profe nos dijo que siempre es bueno hablar con Dios.

En el receso mis amigas me preguntaron cómo me había ido con los exámenes del hospital. Yo las miré y les dije:

—Tengo un tumor en el cerebro. Dice el médico que es difícil de operar y que tal vez solo me quedan unos meses de vida.

Unos meses de vida.

Unos meses de vida.

Unos meses de vida.

Repetí la frase varias veces, como si no pudiese dejar de hacerlo. Mis amigas comenzaron a llorar y yo solo repetía en mi mente: “unos meses de vida”. Al fin ellas dijeron:

—¿Qué vamos a hacer?

Esa pregunta la he escuchado tantas veces desde la primera vez que fuimos a ese hospital, que escucharla me provocaba un enojo extraño.

—Yo no sé qué hacer —les dije—. Mi mamá tampoco sabe. Mi familia está muy desconcertada. Pero yo quise venir al colegio porque no soporto ver a mi mamá en el estado en que está ahorita.

Me senté en un muro y les dije:

—Siéntense conmigo.

Cuando por fin nos calmamos, les dije:

—No quiero que ustedes se unan a mi mamá con esa actitud. Sé lo que significa todo lo que me está pasando, y verlas llorar me hace comprender cuánto me

quieren. Pero les pido que tratemos de llevar este problema de otra manera. Yo necesito ayuda, pero ayuda de verdad... algo que me haga entender todo esto y que me permita tener una vida de calidad, aunque esta vida me dure dos semanas, dos meses o dos años. Sé que es duro para ustedes, pero les ruego: ayúdenme a llegar hasta el final.

Obvio, mis amigas volvieron a llorar, pero luego tomaron mi mano, me miraron y, entre lágrimas y sollozos, dijeron:

—Vamos a estar aquí para lo que necesites, y te prometemos que ya no vamos a llorar. Te vamos a cuidar y te vamos a acompañar. Eso te lo juramos delante de Dios.

Lo siguiente que ocurrió fue que nuestro profesor de Química nos había estado viendo. Él es muy serio y no se acerca a los estudiantes; sin embargo, esta vez lo hizo. Pidió disculpas y preguntó:

—¿Será que podemos conversar brevemente?

Le dije que sí. Mis amigas se quedaron. Él me dijo:

—Supongo que tus exámenes no fueron buenos.

Yo lo miré fijamente y le dije:

—Me dijeron que tengo pocos meses de vida.

Pude ver cómo su semblante cambió. Juntó las manos y se sentó. Me abrazó y me dijo:

—Mijita, todos vamos rumbo a la muerte, y es un viaje doloroso. Así que tienes que decidir cómo quieres terminar este viaje. Lo que sea que decidas hacer, yo voy a estar allí para ti. Haz de cuenta que soy un padre más que Dios te ha dado.

Me gustó mucho lo que me dijo el profesor. Era verdad: todos vamos a morir, pero yo podía decidir cómo iba a terminar mis días. Al menos yo ya tenía una idea de cómo dejaría este mundo; otros lo dejan sin darse cuenta.

El profe me recomendó que no dejara de asistir al colegio, que tomara mis clases como una terapia y que, cuando ya mi salud no me dejara asistir, él se encargaría de llevarme el colegio a la casa. No le entendí lo que quería decir, pero sus palabras eran capaces de aliviar mi corazón. Yo lo buscaba en horas fuera de clase; me gustaba conversar con él. Podía sacar una lección de todo lo que conversábamos. A mi mamá también le agradaba; decía:

—Es un hombre muy serio y se ve que te quiere mucho.

Mi madre y yo decidimos que seguiríamos el tratamiento con quimioterapia. Bueno... realmente yo no quería, pero mi mamá me insistió tanto que acepté solo por verla feliz. Eso implicaba que no podría asistir al colegio los lunes y los jueves, por lo menos los dos primeros meses. Después de mi primera sesión yo no quería regresar; era muy difícil. Sentía que se me iban todas las fuerzas, y las náuseas y el vómito me dejaban aún más débil. Pero debo decir que en el primer día de quimio, al llegar a casa, mis compañeros y el profe estaban afuera esperándome. Sus caras y sus abrazos me dieron fuerzas para seguir luchando los días siguientes.

El profe hizo algo más: me llevó un colgante y una cartelera. Bueno, en realidad llevó los materiales y entre mis compañeras y yo hicimos lo que él nos indicó. Él decía:

—Si venimos a esta vida es para aprender de ella. Hagamos que valga la pena vivir.

Con eso, mis amigos y yo nos aferrábamos a la esperanza de que, si aprendíamos algo, nuestra vida tendría sentido.

Al terminar el trabajo todos nos abrazamos. Era un colgante en donde cada uno puso una imagen que deseaba que se cumpliera y una cartelera que él colocó junto a mi cama. Esta contenía imágenes de cómo nos veíamos en cinco años: fotos de lugares que queríamos visitar y sitios en los que queríamos trabajar.

Yo no quería poner ninguna imagen, pero de nuevo el profesor dijo:

—Debes obligar a tu cerebro a visualizar el futuro que tú quieres, no el que las circunstancias actuales te presentan. Recuerda: a veces la ilusión de nuestra mente es más cruel que la realidad que vivimos.

Otra vez, sus palabras me dejaban sin ganas de quejarme de lo que vivía. Mi cartelera la titulé “Mi vida dentro de 5 años” y coloqué una foto de Venecia; ese lugar me atraía mucho. También coloqué la imagen de una familia de cinco miembros. Quiero tener hijos y un hogar feliz, con un hombre que no me deje al poco tiempo. Quiero vivir; deseo y anhelo estar llena de buenos y bonitos recuerdos.

Como es de suponerse, la quimio me dejó la marca de su paso por mi vida: perdí el cabello y bajé mucho de peso. Casi no puedo caminar sola por los efectos de los químicos. El día que mi cabello comenzó a caer, decidí cortármelo. Ya no me

gustaba verme con la cabeza como “La Llorona”, así que le dije a mi mamá que me llevara a la estética. Cuando llegué, allí estaban mis amigos y el profe. No entendía bien el motivo de su presencia, pero me llenaba de paz verlos junto a mí en esos momentos difíciles.

Yo creía que iban a darme ánimos y dejarme alguna tarjeta, pero mi sorpresa fue que, cuando tomé asiento para cortarme el pelo, ellos también tomaron un turno y, simultáneamente, se cortaron el pelo. Eso incluyó a mi madre y a mi profesor. Las personas que habían ido por otros motivos a la estética nos miraban asombrados y dos de ellos se pusieron a llorar. Yo lloraba, pero este llanto era distinto. Lloraba de agradecimiento y, por primera vez, me atreví a decirle a Dios que estaba feliz por el cuidado que me estaba dando. Creo que definitivamente es Él quien mueve el corazón de las personas, y mirar hacia atrás y comprender todo lo que Él estaba haciendo por mí me daba fuerzas para seguir.

Ahora me digo a mí misma: esta enfermedad no llegó para acabar con mi vida; llegó para enseñarme a vivirla a plenitud. Éramos nueve locos calvos yendo por la calle de la estética a mi casa, muertos de risa y tomándonos fotos. Cabe decir que a algunos les sentaba mejor la calva que a otros. Llegamos al colegio todos rapados y sonriendo. Yo no había asistido desde hacía una semana por los efectos de la quimioterapia.

Cuando llegué con mis amigos, los otros compañeros se me acercaron y me dieron su apoyo. Ese día teníamos clases con la profesora de Inglés. Cuando me vio dijo:

—Mijita, usted ya no debe venir. Aquí no es hospital. Si usted se pone mal ¿qué vamos a hacer los demás? Usted debería hablar con su mamá para que se quede en casa. Igual, por su estado, nosotros los profesores le vamos a poner la nota, no se preocupe.

Mis compañeros se enojaron y dos de ellos salieron del salón. Yo, en cambio, la miré fijamente y, en vez de darme coraje, me pregunté: ¿cómo podemos llegar a ser tan indolentes? Sin embargo, no podía dejar que este incidente me quitara la alegría de haber compartido con mis amigos una mañana tan memorable. Así que le dije:

—Le pido disculpas, maestra, si mi presencia le ha causado algún malestar. Quizás usted tenga razón y yo deba quedarme en casa, de esa forma no les causaría molestias a usted y a mis compañeros. Pero le ruego tome este pedido de una moribunda que ha encontrado refugio en estas cuatro paredes: mi querida profesora, no tengo otro lugar que me dé la paz que encuentro en sus caras cuando las veo. No venir al colegio es como adelantar mi muerte y, con mi partida, también la de mi madre, que cada día que pasa muere una parte de ella también. Si usted considera adecuado, déjeme venir. Yo le prometo salir del salón cuando toque su hora de clase para no perturbarla. De cualquier manera, profesora, quizás son pocos los días que yo pueda venir, porque, como lo habrá notado, mi salud no ha mejorado sino, al contrario, cada vez la muerte se dibuja más en mi rostro. Así que, si a usted le parece bien, voy a evitar estar en su hora de clase para no ser una molestia.

Me levanté decidida a salir del salón cuando, de pronto, en la puerta estaban mi profesor de Química y mis amigos. El profesor pidió permiso, me tomó de la mano y me ayudó a salir. Me preguntó qué quería hacer y le dije que si podíamos ir al patio un momento, que yo quería tomar aire fresco. Por supuesto, él, antes de ir a verme, ya había llamado a mi madre y a la directora. Él fue conmigo y con mis amigos al patio, y mi madre y la directora conversaban con la profesora.

Debo decir que sentarse en la parte más alta del patio del colegio era un remanso. Desde allí se podía ver todo el vecindario y las lomas que cercaban el sector. Sentada allí no dejaba de preguntarme cómo era morir. Creo que el profe sabía de mis inquietudes porque me dijo:

—Lisette, no te tortures preguntándote muchas cosas. A veces es mejor dejarle a la vida los misterios y que ella nos muestre las respuestas en el momento adecuado. Lo importante es no dejar de aprender, porque mientras podamos aprender estaremos viviendo de verdad.

Al final, mis amigos se pusieron a jugar a las escondidas y el profe y yo nos reíamos de sus ocurrencias. Mi madre llegó después y me preguntó si quería irme en ese momento. Le dije que sí; me sentía agotada y quería meditar un poco en todo lo que había vivido.

Al llegar a casa estaba mi padre. Había ido con unos tíos y, pues, creo que no sabía cómo comenzar a platicar conmigo. Yo lo vi y sentí una mezcla de emociones. No quería que me abrazara, sin embargo, lo hizo, y mis tíos detrás de él. Conversaron con mi mamá y, como siempre, surgieron las anécdotas de gente que se ha curado

comiendo sábila y papaya. Todo cuanto se les ocurría querían que yo lo hiciera. Yo miré a mamá y le dije:

—Estoy cansada. Quiero dormir.

Efectivamente dormí. Cuando desperté ya se habían ido y, con ellos, todas sus fórmulas milagrosas para curar el cáncer. Me pregunto si no sería más provechoso llevarle a los médicos todos esos descubrimientos; creo que así se podrían salvar más vidas.

Hoy es mi última sesión de quimioterapia. Mi tumor ha reducido poco, pero aún el médico dice que sería buena idea intentar la cirugía. Yo no tengo miedo de operarme, pero mi mamá no quiere hablar del tema. Hoy quiero ir al colegio; no sé si la quimio me deje.

Salimos temprano. Una paciente no llegó; creo que la muerte llegó por ella antes que la quimio. Son las 10 de la mañana. Voy a casa y, aunque tengo malestar, decido ir al colegio. Hoy el profesor iba a preparar dulces como parte de un proyecto. Aunque trato de poner mi mejor sonrisa, mi profesor y mis amigos saben que algo me preocupa. Después de saborear los dulces que hicieron en clase, el profe me preguntó qué era lo que me angustiaba. Los miré a todos y les dije:

—Yo me quiero operar, pero mi mamá no quiere.

Creo que ellos tampoco querían que yo me operara. Al final, el profe reparó en esto:

—Desde que somos concebidos vivimos arriesgándonos. Imagínense: nos arriesgamos a estar en el útero de nuestra madre por nueve meses; muchos se salen antes de tiempo. Luego nos arriesgamos a salir de ese lugar tan cómodo para venir al exterior. Luego salimos de casa para venir a estudiar, y así vamos por la vida tomando riesgos. Sin embargo, cada uno debe asumir las consecuencias de tomar o no un riesgo. Las consecuencias de nuestros actos y omisiones nos van a perseguir siempre. Y eso no te excluye a ti, mi querida Lissette.

Eso me dejó una nueva perspectiva. Así que hablé con mamá y le dije:

—Déjame intentar. Si el final del recorrido es el mismo, ¿por qué no intentar? Solo piensa que, si funciona, estaremos un poco más de tiempo juntas, y si no funciona, por lo menos sabremos ambas que lo intentamos, y tú ya no vivirás con esta incertidumbre de no saber hasta cuándo estoy con vida.

Ella no paraba de llorar, pero después de tres días me dio el sí. Fuimos al hospital y, luego de una semana de preparación, estaba lista para la cirugía.

Ese día fue particularmente sombrío; era de esos días de verano en Ecuador que te traen recuerdos. Mientras yo salía de mi habitación hacia el quirófano no dejaba de pensar en mi colegio, en mis amigos y en mi madre. Creo que llevarlos en mi “cerebro moribundo” era una forma de agradecer a Dios por todo lo que hasta ese momento había hecho por mí. Por supuesto, mis amigos estaban afuera. El profe me tomó la mano y dijo:

—Estamos aquí para aprender junto a ti esta nueva lección. No tengas miedo. Todo saldrá como debe de salir.

Los dejé en el pasillo: unos lloraban, otros agitaban la mano y mi madre abrazaba al profe.

Me acuesto en la cama del quirófano. Está fría y la lámpara que cuelga del techo es incómoda. Hay ruidos extraños y una enfermera que huele mucho a alcohol me dice con voz suave:

—Cuenta del diez al uno, despacio.

Mientras me ponían una máscara en la boca, comencé a contar... y todo se volvió borroso.

En el parlante del hospital se anunció el nombre de Lissette. Llamaban a los familiares. No sé qué habrá pasado. La cirugía demoró cinco horas; era demasiado, eso lo sabe cualquiera. Mis estudiantes no se han querido ir, y yo no me siento bien dejando sola a la mamá de Lissette. Debo escribir a casa para indicar que voy a llegar tarde.

Estos meses han sido muy agotadores, pero me repito que todo vale la pena. Lissette mejoró mucho y tomó con buena actitud todo lo que le tocó vivir. Solo le pido a Dios que le dé otra oportunidad. Es tan pequeña y con tantas ganas de vivir. Creo que, al igual que yo, la madre de Lissette cambiaría de lugar con ella. Pero la

vida no es un intercambio; por alguna extraña razón nos toca vivir experiencias, y a veces la vida se nos va con el aprendizaje.

Por fin salió el médico. Su semblante no es el mejor. Después de su “Lo siento mucho”, no pude escuchar nada más. Todo era confuso. Todos llorábamos y gritábamos. Por un momento sentí que no podía respirar. Tuve que poner todas mis fuerzas para sostenerme y, a la vez, sostener a la mamá de Lissette. Todo fue en un instante, y en un instante Lissette ya no estaba con nosotros.

Han pasado diez días de su muerte. El paralelo de ella sigue siendo una penumbra. Hay una tristeza general que no se ha podido superar. No me he atrevido a decir nada sobre el tema; los chicos tal vez quieran que yo sea quien los motive a seguir con nuestras vidas. Sin embargo, ni yo mismo sé cómo seguir con la mía. Cuando pones todas tus energías en un proyecto y los resultados no son los que esperabas, es difícil recomponerse, y eso determina tu tamaño.

Al undécimo día decido que ya es hora de continuar. Con un profundo dolor, les llevo una remembranza de Lissette. Invité a la mamá al paralelo y a tres docentes más. Llevamos algo de comer y un breve video de lo que hicimos junto a Lissette. Las lágrimas volvieron y, con ellas, la aceptación de nuestra nueva forma de vivir: vivir sin Lissette.

La madre de Lissette me pidió que dijera unas palabras, porque Lissette le había dicho en su momento que me quería como a un padre. Esas últimas palabras me llenaron de una manera singular. Los docentes vamos dejando paternidades en el alma de nuestros estudiantes y nos volvemos parte de su historia.

Miré a mis estudiantes y compañeros y les dije:

—Lisette ya no está con nosotros, eso es un hecho. Y como les dije una semana antes de su partida, todos tomamos decisiones, y nuestra querida Lisette tomó las suyas porque eran su derecho. Ahora nosotros debemos tomar las nuestras también. Es ahora cuando debemos preguntarnos: ¿cómo sería mi vida si Lisette estuviera con nosotros? Todo lo que se respondan es lo que debemos hacer. Tomar la presencia de nuestra querida amiga, hija y estudiante es lo que hará que nuestra vida tenga sentido. Ella quería viajar a Venecia; pues bueno, viajemos por ella. También quería tener una familia feliz; entonces construyamos una en memoria de ella. Hagamos que su vida cobre sentido a través de la nuestra. Ese es el mejor tributo a su lucha, a su entrega y a su aceptación por las cosas que no se pueden cambiar por ahora.

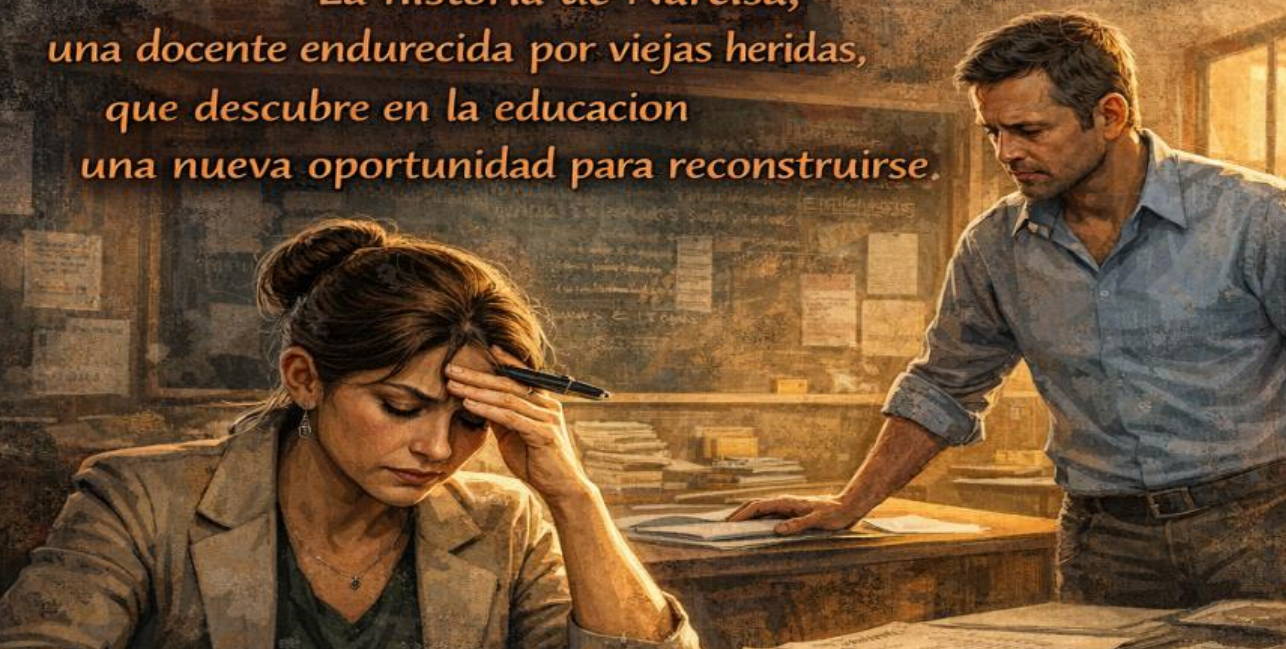
Después de eso, todos compartimos y nos pusimos a recordar de la mejor manera a nuestra querida Lisette.

La historia de Lisette nos recuerda que, aun en medio del sufrimiento más profundo, la vida puede enseñarnos sobre amor, solidaridad y propósito. Su paso dejó huellas que transformaron a quienes la rodeaban, mostrando que el verdadero aprendizaje no se encuentra solo en los libros, sino en la forma en que enfrentamos la existencia y acompañamos a otros en sus batallas. Su historia, aunque marcada por el dolor, ilumina el camino de quienes quedan, invitándolos a vivir, a valorar y a honrar cada día como un regalo que se debe agradecer y compartir.

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES

LA INÚTIL SOY YO

*La historia de Narcisa,
una docente endurecida por viejas heridas,
que descubre en la educación
una nueva oportunidad para reconstruirse.*



X

Esta historia retrata el viaje interior de una mujer que, sin darse cuenta, ha construido su mundo desde el resentimiento, la culpa y la incapacidad de asumir responsabilidades. A través de una serie de situaciones dolorosas y confrontaciones inevitables, la protagonista se ve obligada a enfrentar su propio reflejo y descubrir

<https://editorialsival.com/>

cómo sus decisiones han marcado su vida. Este relato nos invita a mirar hacia adentro, a reconocer nuestras sombras y a aceptar que el verdadero cambio solo inicia cuando estamos dispuestos a romper con lo que nos destruye.

LA INÚTIL SOY YO

Han escuchado la frase que reza: “no hay peor pájaro que el que ensucia su propio nido”. Generalmente se usa para hacer referencia a alguien que, debiendo cuidar su casa o sus bienes más preciados, los echa a perder deliberadamente sin pensar en las consecuencias de sus actos ni en las personas que afecta con su actuar. La verdad no sé si esta analogía es pertinente para esta narración; lo cierto es que, mientras les relato esta historia, ustedes podrán identificar las causas y los efectos de la misma.

Hoy voy a la facultad, debo conseguir un cupo, no quiero quedarme sin ser una profesional. ¡Ojalá pueda ingresar! Parece que ya están publicadas las notas. No pasé. ¡Maldita sea! Debí estudiar más. Si mi madre me hubiese puesto en ese curso, si mi padre tuviera otro trabajo, nada de esto estaría pasando. No sé por qué Dios me pone con gente tan incompetente. ¡Estoy harto de esta vida de pobre que tengo!

Espero que mi madre no me pregunte nada al llegar a casa. No quiero dar explicaciones, más cuando ella es la culpable de todo. ¡Qué bueno! Afortunadamente no está. Voy a dejar la mochila y salgo por ahí mismo. Voy a ver a Diego; conversar con él me calma y seguro me da alguna idea.

—Hola, Narcisa. ¿Cómo así? Pensé que estarías por la universidad. ¿Todo bien?

—No quiero hablar, solo necesito de tus besos. Debo olvidarme de todo. ¡Déjame pasar!

—No, no pases. Es que estoy ocupado... debiste avisarme que vendrías, estaba a punto de salir.

—Bueno, préstame el baño y te acompaño.

—No, mejor espera afuera, ya salgo.

Este maldito tiene a alguien dentro. No puede ser que me esté pasando esto...

—Será mejor que te quites, porque igual voy a entrar.

—Espera un momento, es mejor que lo sepas de una vez: estoy saliendo con Daniela. No quiero que hagas un escándalo.

—¿Cómo me puedes decir esto? ¿Acaso yo te he hecho algo? ¡Contéstame!

—No me has hecho nada, simplemente pasó. He querido decírtelo desde la graduación, pero contigo no se puede conversar; todo debe girar en torno a ti. Por favor, retírate, que está adentro y voy a salir con ella.

¡Dios mío! Siento que algo se ha desprendido de mí. Me cuesta respirar, todo me da vueltas, creo que voy a desmayarme. Odio a todos. ¿Por qué todos me atacan? No voy a darme por vencida. Algún día me las van a pagar todos.

No tengo más remedio que regresar a casa. ¡No, a casa no! Mejor voy donde Mafer, ella sabrá ayudarme. Estoy devastada.

—Hola, ¿cómo estás? Te veo agitada, pasa.

—Hola... no sé qué hacer. Estoy tratando de asimilar todo; todo me da vueltas. ¡Estoy harta!

—Supongo que ya te enteraste de lo que tenían Diego y Daniela, ¿verdad?

—No puedo creer que tú lo sabías y no me lo has dicho. ¡Todos están contra mí!

—Debes calmarte. Lo supe hace poco, pero como te conozco sabía que te ibas a poner así, por lo que dejé que las cosas pasen. Igual te enteraste, y no fue muy diferente el resultado.

—¿Cómo me puedes decir eso? ¿Acaso soy un animal con quien no se puede tratar?

—Bueno, creo que es mejor que lo asimiles y puedas, por fin, empezar a tomar decisiones pensando más que en ti, en tu familia. Y no me refiero a tus padres, sé bien que no los amas. Me refiero a tu futuro esposo e hijos, si es que acaso los deseas tener. No puedes ir por la vida pensando que las personas te deben algo, que el mundo te debe algo y que el universo está obligado a darte la felicidad por el simple hecho de existir. Sinceramente creo que ya es hora de que empieces a

hacer una mejor versión de ti: alguien que esté dispuesta a aceptar que los demás también tienen derecho a vivir y a tomar sus propias decisiones, y eso no los hace malas personas. ¡Mírate! Estás hecha un desastre y despotricando frases de odio. ¿Quién en su sano juicio querría relacionarse con una persona así?

—¿Por qué me dices todas esas cosas, Mafer? Yo pensé que en verdad eras mi amiga.

—Lo soy, y porque lo soy me siento en la necesidad de decirte las cosas que todos los demás piensan de ti, pero no tienen el valor de decírtelo. Mira, yo sé que eres buena persona, de lo contrario no estaría diciéndote todo esto. Creo en ti, pero debes mejorar. Dime, ¿cómo te fue en la universidad? ¿Pudiste ganar un cupo para estudiar arquitectura?

—No, no pude. Pero creo que, de todos mis problemas, ese es el menor. ¿Qué voy a hacer?

—Te equivocas. De todo lo que te ha pasado hoy, eso es lo más importante. Si en verdad quieres comenzar a cambiar —supongo que lo quieres, porque no te has ido de mi casa y estás con mejor semblante—...

—Sí, acepto todo lo que me has dicho, pero no sé por dónde empezar.

—Fácil: estudia algo, lo que sea. Algo que no exija de ti tanto y que te deje trabajar. Solo manteniendo la mente ocupada podrás ir mejorando. Yo no tengo la clave para la felicidad; solo te digo que, si quieres cambiar, debes dejar de hacer lo mismo de siempre. Y en tu caso implica que dejes de echarle la culpa de tus problemas a los demás. Asume tus responsabilidades y comienza a tomar decisiones con respecto a tu futuro, y deja que los demás hagan lo mismo. Si tú ya no estás en el presente de alguien, como es el caso de Diego, quien tampoco te quiere en su futuro, ten dignidad y sigue tu vida sin él. Es lo mejor que puedes hacer.

—¡Es que no sé qué estudiar!

—Ya te dije: algo que no sea tan complicado. Puedes ser profesora; en esa carrera te dan tiempo para estudiar. Mañana vas a la facultad y averiguas. No te des por vencida.

Diez años después...

Por fin hoy dan los resultados. Si todo va bien, tendré mi nombramiento. Ya estoy harta de ser una contratada; debo ser esclava de las autoridades solo por el hecho de ser de libre remoción, y los de nombramiento definitivo me ven como si yo fuese quien debe hacer todo lo que a ellos no les da la gana de hacer. Por fin me iré de este lugar; ya no tendré que soportar a toda esta gente que me odia y que yo odio.

¡Por fin! Tengo nombramiento definitivo. ¡Ahora sí, perros! ¡Mami tiene nombramiento definitivo! Por fin me voy de este lugar de porquería. Mañana me presento al distrito y que me den mi nueva institución.

—Docente Narcisa, venga por favor. ¿Trajo toda la documentación?

—Sí, tal como lo indicaban en el correo.

—Muy bien. Bueno, como sabrá, ya no se gana nombramiento por institución, sino por distrito. Por lo tanto, como usted es ganadora del concurso en este mismo distrito, se va a quedar en la misma institución donde está laborando como docente. Retire en ventanilla su acción de personal y acérquese a la autoridad para que le asigne su carga horaria de acuerdo a su acción de personal. Cualquier novedad me la indica a mí.

—¿Entonces no me voy a ir a otra institución?

—Como le dije, usted es ganadora de concurso en este distrito y no tenemos dónde enviarla a esta altura del año. Lo mejor es que usted permanezca en la institución que ya conoce, y que ellos la conocen a usted.

No puede ser. Debo seguir con esos niños insoportables. Mejor voy y le pido a la rectora que me dé otro grupo, algo de bachillerato. Espero que sepa reconocer mi trabajo, ya que le he servido por todos estos años sin renegar. Es lo menos que puede hacer por mí la infeliz.

—No puedo, Narcisa. Usted ya está asignada a un grado y, además, es ganadora justo en el nivel que tiene asignado; no hay necesidad de moverla a niveles superiores. Gracias, le felicito y siga laborando como lo ha hecho hasta ahora.

No sé por qué todo me sale mal. No quiero estar en ese grado, ¡maldita sea!, pero no me queda de otra. No puedo quedarme sin trabajo, tengo que pagar muchas cosas y no sé hacer nada más.

Vía telefónica:

—Amiga querida, felicidades. Vi en un estado que ya tienes nombramiento. Que Dios te siga bendiciendo como hasta ahora.

—Gracias, Mafer. Aunque no me cambiaron de institución; me dejaron ahí mismo. Yo quería cambiarme de colegio. Le dije a la vieja de la rectora que me cambie de paralelo y no quiso la muy desgraciada.

—¿Y por qué no quieres estar en el mismo colegio?

—No es nada, es algo sin importancia.

Ya tengo cinco meses con nombramiento y esta vieja me sigue dando tareas como si fuera contratada. En este momento voy donde la tonta de Liliana y le digo que ella, como contratada, debe hacerlo. ¡Ja! Se creyó el cuento. Con eso me libro de hacer esas tonterías.

¡Maldita sea! Allá viene la estúpida esa. Le voy a dejar a su engendro con Vanessa; no quiero verle la cara. Ella no se acuerda de mí, tal vez porque estoy un poco gordita, pero yo no me voy a olvidar la cara de quien me quitó al hombre que amo. Bueno, yo tampoco la hubiera reconocido de no ser porque los vi a los tres en el mall. Él está igual de guapo, un poco más gordito, pero sigue igual de guapo, y el hijo es el vivo retrato de él.

—Vanessa, porfa, ¿me puedes entregar a estos tres niños que me quedan? Es que voy a conversar con el profesor de Química del colegio; me va a enseñar una práctica para la feria de ciencias. Regreso enseguida.

—Dale, yo los miro. Me lo saludas, jaja.

He venido dos veces con el profe de Química. Me lo han recomendado. La verdad es que al principio me caía mal. No sé, esa actitud de ver todo positivo que tienen ciertas personas me enferma. El mundo es un caos y tenemos la peor profesión, y nos toca educar a niños que son malcriados y cuyos padres son unos alcahuetes. No veo nada positivo en eso. Pero bueno, voy a hacer lo de la feria para que esa vieja de la rectora no se me cargue.

—Hola, Narcisa. ¿Qué te trae de nuevo por aquí?

—Hola, profe. Lo vengo a molestar para lo de la feria. Es que no me acuerdo algunas cosas del experimento y aún no puedo organizarme bien con los padres de familia. Es que esos padres que tengo no colaboran y esos niños son brutos; uno les explica y no entienden.

—Ok, Narcisa, hagamos un trato. Yo te ayudo, no solo con el experimento, sino también con la organización de los padres, y te apoyo con los estudiantes, con una condición.

—Umm, ¿qué condición? (¿Será que este tipo está enamorado de mí y se quiere proponer?)

—Que no vuelvas a tratar así a los niños. Solo digo que si alimentas a tu cerebro con esos pensamientos y dices esas cosas delante de otros, podrías meterte en problemas. Te ruego que me dejes ayudarte, y así quizás cambies de opinión con respecto a ellos.

—Está bien, disculpe. No pensé que le iba a molestar. Estoy de acuerdo. Tenemos un trato.

—Mañana voy a tu salón. Tengo dos horas libres y trabajamos. Hoy voy a buscar información para que puedas hacer el proyecto con los padres y tus niños. ¿En qué grado están?

—Son de séptimo. (Así que va a investigar para poder trabajar con los padres... eso es nuevo. Seguramente es soltero, igual que yo, y no tiene en qué ocupar su tiempo. Pero yo tengo mejores cosas que hacer que estar leyendo sobre cómo organizar un grupo; suficiente tengo con estar con esos niños como para llevar trabajo a mi casa).

—Otra cosa, Narcisa: ¿tus padres sí asisten a las reuniones? ¿Asisten más mujeres o más varones?

—Esos infelices sí van, pero me asisten más mujeres que varones. Los hombres no son de reuniones, usted lo sabe. Seguro que en su casa manda a su mujer a las reuniones y usted se queda en casa.

—No los trates así; ya quedamos en algo. Listo, con esa información buscaré la mejor estrategia para tratar con tus padres. Nos vemos mañana.

En verdad vino con material para trabajar, y los padres quedaron contentos con las ideas que este man les dio. Me tocó hacerme la tonta y seguirle el dúo. Bueno, debo reconocer que se sintió bien que los padres quisieran colaborar y, pues, no sé... fue algo nuevo.

Hasta la tonta esa vino. Me tocó sonreír y hacerme la idiota con ella.

El hijo es bruto igual que ella.

—Señorita, ¿puedo ir al baño?

—¿Que no vienes orinando de tu casa? ¿No tienes baño?

—Sí tenemos, seño. Lo que pasa es que tomé mucha agua.

—Profe, ¿nosotros también podemos ir?

—En grupo no pueden ir. (Mejor los dejo ir, así me dejan en paz un rato).

Allá viene la inspectora... ¿qué habrá pasado?

—Narcisa, estos niños estaban en el baño molestando a este otro. Le tiraron el tacho de papel higiénico. Llame a los representantes para mañana.

—¡Qué niños! ¡Entren! Y tú, ¿por qué estás amarrado? ¿No puedes defenderte? Eso es lo malo: las madres de ahora crían a sus hijos inútiles. ¡Entren todos!

Seguro que va a la casa y le da las quejas a la madre. No me importa. No quiero ver a esa estúpida aquí.

Afortunadamente la inspectora no se acordó de lo del baño. No pienso andar cuidando a estos niños, ni que fueran bebés; ya están grandes como para andar atrás de ellos.

—Hola, Narcisa. ¿Cómo estás? ¿Tienes todo listo para trabajar con los chicos?

—Hola, profe. Sí, ya estamos listos.

Este profesor tiene una buena forma de llegar a los chicos. Los hizo trabajar en grupo muy bien. Creo que hasta yo aprendí un poco.

—Narcisa, ¿puedo decirte algo?

—Sí, claro. Dígame.

—Verás, durante el trabajo en grupo pude notar que hay tres chicos que le están haciendo bullying a otro niño. Sería bueno que hables con los padres, así evitamos que el grupo sufra de maltrato.

—Es que estos niños son así, no hacen caso. Ya la vez pasada les hablé fuerte y al otro le dije que no sea tonto, que se deja pegar. Pero no entienden.

—Bueno, Narcisa, recuerda que tenemos un trato y debes interesarte de verdad por tus chicos. ¿Mañana te puedo traer información de cómo combatir esta tendencia y que todos tus niños se sientan seguros dentro del aula?

—Umm, pensé que ya se había olvidado de eso. Está bien, le prometo que mañana revisamos lo que traiga.

—¿Te puedo preguntar algo más? ¿Qué te motivó a ser docente?

—Pues no sé, creo que no tuve más opciones. Era esto o quedarme sin ser una profesional. Mis padres no me apoyaron para que yo estudiara lo que me gustaba.

—Comprendo. No quiero faltarte el respeto, pero si ya estás en esto, creo que deberías ponerle un poco de ganas. Veo que no eres mala persona y tienes muy buenas habilidades docentes: sabes mantener el orden en el grupo y buscas ayuda para hacer tus proyectos. Eso me dice que, en el fondo, sí te gusta, solo que hay cosas que mejorar. Narcisa, todos tenemos errores y a todos la vida nos ha puesto en lugares en los que nos cuesta estar; pero si te esfuerzas por hacer bien tu trabajo, todo es más llevadero. Además, si mantienes tu mente ocupada, es más probable que no te fijes tanto en las cosas negativas.

—Está bien, profe, gracias por interesarse.

(¿Qué se habrá creído este idiota? Venirme a decir a mí cómo hacer mi trabajo. Yo soy de nombramiento definitivo, ni que fuera una simple contratada).

—Nos vemos mañana.

—Señorita, ¿puedo ir al baño?

—¿Otra vez, Diego? Anda, pero no me vas a estar llorando después porque no te sabes defender.

—Señorita, pero no los deje salir hasta que yo regrese, por fa.

—¡Ya! ¿No querías ir al baño? ¡Anda rápido!

—Señorita, nosotros también podemos ir al baño.

—Vayan, pero no vayan a estar haciendo tonterías, que después el delicadito de Diego se va a quejar con la inspectora.

Allá viene otra vez la vieja esa de la inspectora. ¿Qué habrá pasado?

—Narcisa, otra vez tus niños haciendo relajo en los baños. ¡Mira cómo mojaron a este niño! Ya la vez pasada te dije que hables con los padres. ¿Los llamaste?

—Sí los llamé, pero ninguno vino. Ya voy a ver cómo hago. Y ustedes, entren, que para eso sí sirven, pero para hacer las tareas ninguno es bueno.

No sé por qué me alegró saber que volvieron a molestar a Diego. Bueno, no es para tanto: su padre me hizo algo peor. Si él supiera quién es el padre realmente... Bueno, yo no soy niñera de nadie. Esos niños ya son grandes; no voy a andar detrás de ellos. Para eso tienen a sus padres, que ellos les enseñen a defenderse.

—Hola, Narcisa. Vine ahorita aprovechando que tengo estas horas libres. ¿Podemos trabajar?

—Oiga, ¿le puedo preguntar algo? ¿Por qué le importan tanto estos niños, si al final no son sus hijos?

—Y yo te puedo preguntar: ¿por qué no los quieres como si fueran tuyos? Mira, tú tienes un trato conmigo y sé que eres una mujer seria. No te estoy pidiendo que los quieras; lo que te estoy pidiendo es que hagas un trabajo digno de lo que tú eres. Dime, ¿tú eres importante?

—Claro que lo soy. Yo soy de nombramiento y me lo gané con esfuerzo.

—Bueno, entonces, hagamos que ese nombramiento siga así: con prestigio, y que los padres y los estudiantes vean en ti a una docente con nombramiento.

Me gustó mucho trabajar con este profesor. La verdad, los niños estaban felices, y cuando me abrazaron me sentí rara. Nadie me abrazaba desde hace tiempo, no así, con sinceridad. ¿Será que en verdad estos niños me quieren? ¿Seré una mala persona? Me siento extraña; tengo una sensación que me incomoda, tengo una presión en el pecho. Bueno, mejor no me lo tomo en serio.

—Señorita Narcisa, alguien me ha cogido mis lápices de colores.

—¿Otra vez, Diego? Eso por andar molestando. Yo no soy guardiana de nadie. Cada quien debe cuidar sus cosas; a mí no me pagan para estar de guachimán de nadie. ¡Y ustedes devuelvan rápido lo que robaron! Que luego vienen sus padres a querer que yo les esté devolviendo lo que ustedes pierden por estar con la boca abierta. Y usted, Diego, debe estar más atento a sus cosas. ¡Deje de ser un inútil!

Una semana después...

—Narcisa, necesitamos conversar con usted. Le esperamos en el rectorado. Por favor, firme la circular.

—Umm... muy bien, pero ¿de qué se trata?

—Debemos atender una reclamación de una madre de familia. En la reunión se le dará más detalles.

Seguramente es la estúpida esa... con razón el hijo no vino a clases todos estos días. ¿Será que me hacen un llamado de atención? Solo esto me faltaba.

—Bueno, después de escuchar a la representante y al psicólogo, quiero decirle, estimada docente, que primero me sorprende toda esa actitud que usted ha mostrado con los niños que son su responsabilidad dentro de la institución. Me ha dejado consternada lo que la madre refiere sobre sus palabras. No podemos etiquetar a las personas de inútiles, y menos a nuestros niños, que son la base de nuestra vocación. ¿Tiene algo que agregar antes de indicarle cómo vamos a proceder?

—No... no tengo nada que decir.

—Bien. Debo indicar que este asunto se trató en Consejo Ejecutivo, y aunque no hay mucho que decir sobre su actuación, el primer vocal del Consejo —quien también es profesor de Química en bachillerato— nos indicó que, a pesar de que todas las pruebas la acusan, usted ha estado trabajando en equipo con él. Su compañero se ha comprometido a ayudarlo a superar esto que él ha llamado “una crisis”. Nos ha pedido tiempo para obtener resultados.

Por lo tanto, a pesar de que todo apunta a un fuerte llamado de atención y otras implicaciones administrativas, el Consejo, los padres del niño y el DECE hemos resuelto aceptar la solicitud del primer miembro del Consejo Ejecutivo y darle una oportunidad para demostrarnos que esta crisis no se va a volver a repetir. ¿Está usted dispuesta a dejarse guiar?

No puedo controlarme... solo quiero llorar. Todo está pasando tan rápido. Debo contestar.

—Sí... agradezco a todos que me ayuden. Yo no soy mala persona. Perdón si mis acciones les están causando problemas. Estoy dispuesta a dejarme ayudar.

—Muy bien, Narcisa. Sin embargo, debo dejarle claro que, de repetirse una acción como esta con Diego o con otro miembro de la comunidad educativa, no nos dejaría otra opción más que reportarla a Distrito y que ellos procedan como consideren conveniente según los hechos.

—Lo entiendo muy bien. Gracias de nuevo.

Estoy muy confundida y me siento terrible. Desde pequeña les he tenido coraje a las personas, no sé por qué. No quiero ser así, pero ya estoy vieja... no puedo seguir comportándome como una criatura. Necesito cambiar.

—Hola, profe. Disculpe, no sé si tiene tiempo para conversar. Le quería agradecer... supe por boca de la rectora lo que usted hizo por mí. Quiero pedirle perdón. Además, ¿sabe? siempre creí que usted era un loco que se preocupa demasiado por los demás. Pero que usted se haya interesado en ayudarme... no sé, estoy muy confundida.

—Hola, Narcisa. Tranquila. Supongo que lo peor ya pasó. Me pidieron que estuviera presente en la reunión, pero les dije que no era prudente. No es bueno que hagamos el bien a otra persona solo para ser halagados; eso no es hacer el bien de verdad. Solo hubiera aumentado el tamaño de tus culpas y remordimientos. Bueno, dime: ¿estás lista para trabajar en equipo?

—Sí, no se preocupe. Voy a poner de mi parte. Además —y solo se lo digo a usted— voy a buscar ayuda psicológica. Yo sé que debo cambiar... y quiero hacerlo.

—Esa es una excelente decisión. Estoy seguro de que todo saldrá bien.

—Una pregunta, profe... ¿usted cree que debo hablar con los padres de Diego? No sé si lo sigan mandando a clases.

—Yo creo que es mejor esperar a que ellos se acerquen. Si lo hacen, trata de no decir todo lo que piensas. Solo di lo que realmente es útil para esa conversación.

—Ok, así lo haré.

Ya llevo dos meses con el psicólogo y me ha dicho que debo soltar todo lo que en su momento no solté. ¿Será verdad que no es que amo a Diego... sino que no lo he dejado ir?

Dios mío... ahí vienen Diego y la mujer. Desde que se llevaron a Dieguito no los había visto.

—Buenos días, Narcisa. Disculpa que te molestemos, ¿podemos conversar?

—Eh, sí, claro, no hay problema. Vayamos a ese salón que ya no tiene estudiantes.

—Narcisa, gracias por atendernos. Yo estoy muy desesperado y avergonzado. El psicólogo de Dieguito nos ha recomendado conversar contigo para ayudar a mi hijo a superar todo lo que le ha pasado. Debo aceptar que gran parte del sufrimiento de mi hijo ha sido culpa mía, y no sé cuánto sufrimiento te he causado a ti también. Daniela no te recordaba; ustedes no eran amigas en el colegio, y cuando empecé a salir con ella tú aún estabas conmigo. Fui un miserable y un estúpido, lo acepto. A las dos les pido perdón. Era joven y no me interesaban los sentimientos de los demás. Pero ahora que mi hijo está sufriendo, entiendo que no podemos ir por la vida lastimando a los demás y creer que a nosotros no nos va a pasar. Te pido que me perdones por todo lo que te hice.

—Profesora, sé que nunca pudimos conversar apropiadamente. Diego, hace unos días, me dijo quién era usted. Yo no sabía de la relación que ustedes tenían de jóvenes. Y la verdad es que ahora entiendo por qué usted era tan áspera en su trato conmigo; entiendo en parte por qué Dieguito le causaba a usted tanto malestar. Yo le pido perdón, no sabía que buscando mi felicidad estaba causando la tristeza de otras personas. Pero ahora le vengo a pedir su ayuda como madre y no como mujer. Mi hijo está mal y no se adapta a la nueva escuela. Hemos hecho casi de todo, y de no ser por una carta que él le ha escrito a usted, yo no habría sabido qué es lo que estaba pasando en verdad.

Dios mío, todo esto es irreal. No puedo creer que todo esto esté pasando. Tengo a las dos personas que más me han lastimado pidiendo no sé qué para su hijo, no sé

qué responder. Seguramente voy a llorar de nuevo; el psicólogo dice que es bueno, pero yo no quiero llorar delante de estos dos.

—No sé qué decir. Diego, tú eres probablemente la persona que marcó mi vida. Después de ti no pude confiar de nuevo en ninguna persona. Todos estos años he sido infeliz y te odio; es la verdad. Y usted, señora, es cierto: después supe que usted no sabía nada de lo que este hombre me había hecho. Yo la comprendo y acepto que saber que Dieguito era el fruto de la unión de ustedes dos me hacía infeliz y amargada. Dieguito sería el hijo que yo hubiese querido tener con quien ahora es su marido. Ya no se pueden cambiar las cosas, y no tengo interés en lastimar a nadie más. En estos meses me he preocupado por mejorar como persona y como docente. Yo cargo una culpa con Dieguito: lo traté mal y descargaba en su hijo lo que realmente quería decirle a su marido. Eso no me lo puedo perdonar, pero ahora usted me dice que Dieguito está sufriendo por mi culpa y estoy desconcertada.

—Sí, profesora. Mi hijo sufre porque quiere regresar con usted y con sus compañeros. Cuando me dijo que usted le había dicho “inútil” delante de los demás compañeros, me enojé tanto que solo pensé en lo que yo sentía y no en cómo iban a afectar a mi hijo mis decisiones. Hemos hablado con mi esposo, y él tuvo que decirme la verdad de todo. Diego no es mala persona y lo amo, tanto como usted en algún momento lo amó. Y él ama a su hijo con su vida; es un excelente padre, y esa es la razón por la que hemos venido juntos a pedirle su ayuda. Dieguito nos necesita, y creo que como adultos debemos superar nuestras diferencias y aceptar que todos nos equivocamos. Pero le ruego: no dejemos que mi hijo pague las consecuencias de nuestros errores.

—No sabía que Dieguito me quería tanto... (rompe en llanto). Yo siempre lo traté mal y me arrepiento, no sabe cuánto. Si pudiera retroceder el tiempo, lo haría. Perdónenme, su hijo no debió sufrir todo lo que le pasó.

—Narcisa, de nuevo te pido perdón. Fui un mal hombre, pero ahora es un padre quien te pide que le ayudes con su hijo, por favor.

—¿Y qué debo hacer? Yo estoy dispuesta a colaborar.

—Mi hijo quiere regresar a la escuela y con sus compañeros. Hemos hablado con la rectora, y ella nos puso la condición de conversar primero con el DECE y contigo, para que el niño no vuelva a sufrir. ¿Estarías dispuesta a trabajar con mi hijo? Te aseguro que nosotros no seremos un problema; si no nos quieres ver, buscaremos a alguien que venga a verlo para evitar el contacto contigo.

—Claro que estoy dispuesta a colaborar. Y por ustedes no se preocupen; le aseguro, señora, que lo que en algún momento sentí por su esposo ha desaparecido hace tiempo, y estoy trabajando mucho para dejar de odiarlo. Yo ya no soy la jovencita que él conoció y estoy tratando de ser mejor persona. No tiene por qué temer sobre mis reacciones; tengo amigos que me han ayudado a ser mejor persona. Horas después...

—Hola, profe, ¿cómo está? ¿Qué vamos a trabajar hoy?

—Hola, Narcisa. Te veo de buen ánimo, supongo que has tenido un buen día.

—La verdad sí. No le puedo contar mucho, pero hoy me liberé de una carga que había llevado conmigo desde hace diez años. Se siente bien eso de dejar de odiar. Yo era una persona con mucho rencor y dejaba que ese rencor dirigiera mi vida; era una persona oscura. Me siento bien y no voy a dejar que el pasado me siga atormentando.

—Excelente. Lo que me dices demuestra que en verdad estás mejorando y estoy orgulloso de ti. Es bueno saber que el trabajo que hacemos da sus frutos. Tus niños son más felices y hasta tus compañeras están siguiendo algunas de tus estrategias. Te estás convirtiendo en una guía para otros. Te felicito; estás mejorando mucho.

—La verdad quiero agradecerle. Usted me ayudó desde el principio. Sabe, yo le dije a Dieguito que era un inútil, cuando en realidad la inútil era yo. Hoy lo sé. Gracias de nuevo por ver en mí lo que otros, ni yo, podían ver.

La historia de Narcisa es el retrato de una mujer atrapada entre su dolor, sus frustraciones y la incapacidad de reconocer la responsabilidad de sus actos. Sin embargo, cada golpe emocional, cada confrontación y cada verdad incómoda la empujan hacia un punto de quiebre que, aunque doloroso, abre la puerta a la transformación. Su historia nos recuerda que el cambio no nace del castigo ni del rechazo, sino de la valentía de aceptar lo que somos y del deseo de reconstruirnos. A veces, para encontrar luz, primero debemos atrevernos a mirar nuestras propias sombras.

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES

MI PAPÁ YA SABE

La historia de Jorge



ENTRE LA **OSCURIDAD** Y LA **ESPERANZA**

La historia de Jorge revela una de las realidades más complejas y silenciosas que pueden llegar a las aulas: estudiantes que cargan con heridas profundas, entornos violentos y secretos que sobrepasan cualquier límite imaginable. Esta narración busca mostrar cómo, más allá de los contenidos académicos, la docencia se convierte en un ejercicio humano de empatía, acompañamiento y valentía. A través de la experiencia vivida, se evidencia que en la escuela convergen mundos diversos y que, a veces, un maestro puede representar la única oportunidad de esperanza para un joven atrapado entre el dolor y la oscuridad.

MI PAPÁ YA SABE

La vida suele ponerte frente a personas de las que sabes que vas a aprender algo positivo, como un sacerdote, un guía espiritual o un maestro, y también frente a otras que quizá no te dejarán nada bueno; aun así, es inevitable aprender de cada una de ellas. También existe un pequeño grupo del que te preguntas: ¿por qué tuve que conocer a este individuo?

Y cuando eres docente siempre tienes la oportunidad de conocer diferentes tipos de personas de estos tres grupos señalados. Con los estudiantes sucede igual: una vez que los conoces sabes qué debes enseñarles después de unos cuantos períodos de clase. No siempre ocurre así, pero pasa en general. Un docente debe enfocar sus energías en descubrir cuál es la forma más acertada de enseñar a cada grupo; el sistema pide que enseñemos por grupos. Sin embargo, en ocasiones es necesario dejar los estándares para atender una necesidad específica.

Este fue uno de esos casos. Después de la pandemia y con el retorno progresivo a las aulas, los niños y jóvenes ya no tenían las mismas necesidades ni inquietudes que en otros tiempos. Jorge era un estudiante nuevo, provenía de otra institución y fue asignado a primero de bachillerato, paralelo G. Este grupo en particular era bastante aplicado y los padres estaban muy comprometidos con el estudio de sus hijos. Jorge destacó por todo lo contrario: no respondía a las órdenes dadas, no presentaba tareas y llegaba al colegio sucio y desaliñado.

Era complicado conversar con él, no porque no quisiera hablar, sino porque era tartamudo en grado avanzado. Sus intentos de comunicarse eran frustrados, ya sea por las burlas de sus compañeros o por su incapacidad para articular correctamente los sonidos. Yo procuraba conectar con Jorge, pero me resultaba casi imposible. Incluso le pedí que me escribiera lo que quería decir cuando estuviera en crisis, porque noté que tartamudeaba más en ciertas circunstancias. Quería conocer sus antecedentes para saber por dónde comenzar con él, pero él no podía decirme lo que yo necesitaba saber. Mi afán siempre era conocer a mis chicos para determinar el punto de partida y mejorar su forma de aprender.

Por fin conseguí información a través de unos compañeros suyos. Supe que era huérfano de madre, vivía con su padre y hermanos en un sector de alto riesgo social, rodeado de bandas delincuenciales, y que presuntamente pertenecía a una de ellas. El entorno de Jorge no era alentador, aunque tampoco muy distinto al de otros estudiantes. También supe que no había sido tartamudo desde pequeño; se había quedado así después de la muerte de su madre.

A pesar de que Jorge no respondía a las tareas, le gustaba escuchar la clase y procuraba trabajar en grupo, aunque su dificultad para hablar lo alejaba de las personas. Le costaba procesar ideas complejas y su escritura estaba afectada por la misma razón. Yo sabía que pedía ayuda a gritos, pero estaba estancado y no sabía cómo ayudarlo.

Ante mi incapacidad para conectar con él, decidí buscar ayuda de un experto. Como no tenía dinero para pagar una consulta, saqué una cita médica con un psicólogo y conté la historia de Jorge como si se tratara de un hijo mío. No obtuve la clave para

que hablara con fluidez, pero sí el impulso que necesitaba. Me propuse investigar todo lo posible para atender sus necesidades.

Luego de cinco días de investigación comencé a actuar. Elaboré un juego de tres en raya con tareas o penitencias para quien ganara o perdiera. Era algo sencillo y predecible. Le propuse jugar; al inicio no quiso, pero al ver a unos compañeros animarse, él también lo hizo. Por supuesto, preparé penitencias enfocadas en su situación actual.

Después elaboré otros juegos y con ello logré alejarlo de la interacción directa que le generaba bloqueo al comunicarse. El siguiente reto era fomentar su interés por la lectura. Comencé a llevarle frases cortas de libros con contenido específico. Sabía que su incapacidad para comunicarse tenía relación con la represión emocional tras la pérdida de su madre. Le llevé Oliver Twist, un cuento de un huérfano, y comenzamos a leerlo fuera de clases. Aunque no avanzaba en Química, poco a poco comenzó a formar vínculos conmigo y con sus compañeros. Al final del día, lo que debe importar a un docente no es solo lo que aprende de su asignatura, sino que aprenda algo significativo.

Cuando terminamos el libro, un día cualquiera Jorge me dijo que quería contarme algo. A pesar de que había mejorado su forma de comunicarse, todavía le costaban algunas frases. Me pidió conversar a solas y los demás estudiantes salieron. Me miró y dijo: “Yo tengo mucha oscuridad en mi alma... quiero cambiar... pero no puedo. ¿Usted puede ayudarme? No quiero morir sin pedir perdón a Dios”.

Yo ya estaba asustado. Conversar con él sería como ver una serie larga; tomaría tiempo. Pero estaba decidido a brindarle todo el apoyo necesario. Para mi sorpresa, había llevado fragmentos de su historia escritos y preguntas claves; eso acortó tiempo y aclaró dudas.

Me contó que desde los 12 años había sido reclutado por un grupo delictivo y que se dedicaba a hacer “vueltas” (sicariato). Sus ojos se llenaron de lágrimas y su boca temblaba. Como no podía hablar, me entregaba los papeles que llevaba. En uno decía: “Mi papá es cocinero en un restaurante, pero mi papá ya sabe; a él le dan el dinero de las vueltas que yo hago.”

Me quedé helado. Una mezcla de indignación y miedo me invadió. Jorge me pidió que no dijera nada, porque si se enteraban, matarían a quien él hubiese contado. También dijo que no se puede dejar esa actividad sin morir. Yo no quería saber más, pero ya estaba dentro del asunto. En estos casos, el conocimiento puede salvar vidas. Le hice preguntas puntuales para saber su verdadera intención al contarme todo. Le pregunté si estaba decidido a dejar esa vida, cuántas personas habían muerto en sus manos y si pensaba dejar la casa de su padre.

En condiciones normales lo correcto habría sido denunciar y separarlo de su supuesto padre. Pero el contexto social no era favorable; si seguía el procedimiento legal, varias personas podían terminar muertas. ¿Qué hacer? ¿Cómo lidiar con semejante información? ¿Cómo ayudar realmente a este niño que enfrentaba problemas mayores que su tartamudez?

En momentos así, la mediocridad toca la puerta: “Si hubieras hecho como otros, que solo dan la clase y se van, no estarías en esto”. Pero mi ética no me dejaba en paz. Mi conciencia me cuestionaba constantemente. ¿Denunciar o callar? ¿Arriesgar mi vida? ¿Cuál era la mejor manera de ayudar?

Decidí buscar ayuda en quienes habían vivido situaciones similares: algunos exalumnos con los que todavía tenía contacto. No eran expertos, pero su experiencia podía orientarme. Además, busqué ayuda espiritual; sabía que el respaldo divino siempre suma. Tras dos días de reflexión, ya tenía una estrategia. No era perfecta, pero era una estrategia. Jorge continuaba asistiendo de manera irregular; cada vez que faltaba, pensaba: “Hoy va a matar a alguien más”.

Comencé a trabajar en su conciencia mediante textos reflexivos, un día a la vez. Quería mostrarle que siempre hay otra opción. Jorge debía tomar el control de su vida, entender que él decidía cómo vivir y cómo morir. No fue fácil. Pensar no se le daba bien, pero yo le hacía ver sus logros y lo animaba a construir una nueva persona día a día. Con el tiempo aparecieron resultados.

Un día llegó el padre de Jorge. Creí que era por lo que yo trabajaba con él, pero no. Alguien estaba siguiendo a Jorge para eliminarlo y el padre quería solicitar educación asistida. Esto abría un nuevo panorama. Yo quería confrontarlo, pero no debía ni podía; el riesgo era demasiado alto.

Jorge vino a despedirse, acompañado de su padre. Me dijo: “Profesor, yo sé que usted me ayudó mucho y quería una vida nueva y diferente para mí. Pero a veces no se tiene la vida que uno quiere. Eso lo sé ahora. No sé si pueda salir de todo esto,

pero por lo pronto voy a salir de mi papá. Me voy al Oriente con mis tíos. Allá voy a estudiar. No sé si lo vuelva a ver, pero gracias por todo. Nunca voy a olvidar cómo me vio diferente y decidió creer en mí.”

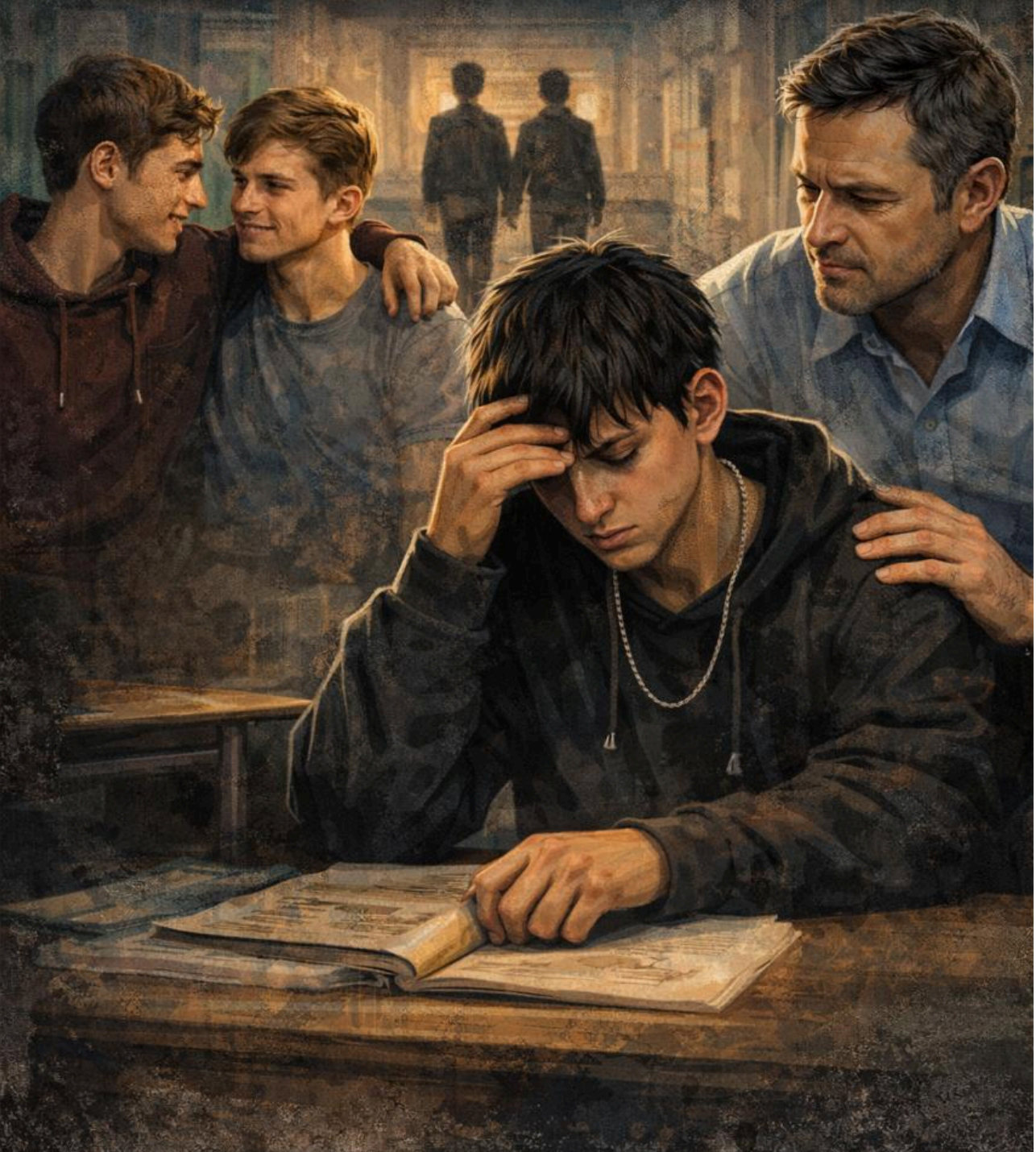
Me abrazó, me dio un papel con un número y se fue.

Debo decir que quedé con una sensación mixta: tranquilidad porque ya no estaría con su padre, e inquietud porque aún faltaba mucho por hacer por él. Así es el trabajo de un ser humano sobre otro: nunca termina. Los maestros no esperan enseñarles todo a sus discípulos; nuestra intervención es solo un escalón más en su vida. Lo importante es dejar una huella que sirva de raíz para nuevas experiencias educativas.

Jorge se fue, pero se llevó una parte de mí con él. Ese niño que había aprendido a matar, se marchó con una nueva forma de pensar, con una mejor manera de comunicarse y con la certeza de que siempre existe más de un final para nuestra existencia. No debemos asumir que, como comenzamos, así debemos terminar.

La historia de Jorge no es solo un testimonio de dolor, sino también una muestra del poder transformador que puede tener un docente cuando decide mirar más allá de las calificaciones y la disciplina. Este relato nos recuerda que la educación no se limita a los contenidos curriculares, sino que involucra acoger, comprender y acompañar a quienes cargan con realidades invisibles. Aunque no siempre podemos cambiar el destino de nuestros estudiantes, sí podemos sembrar en ellos una idea distinta de sí mismos, una esperanza, un punto de luz. A veces, ese pequeño destello es suficiente para que encuentren un camino diferente.

NO SÉ SI ME GUSTAN LOS HOMBRES



Esta historia narra el proceso emocional, social y personal de un adolescente que, en medio de nuevos entornos escolares, relaciones complicadas en casa y dinámicas de amistad inesperadas, comienza a cuestionarse aspectos profundos sobre su identidad y orientación. A través de sus vivencias con Steven, sus compañeros y un docente que brinda guía y contención, se desarrolla un relato íntimo que refleja la complejidad del crecimiento, la búsqueda de aceptación y la importancia de ser acompañado con respeto y empatía en el camino hacia el autodescubrimiento.

NO SÉ SI ME GUSTAN LOS HOMBRES

Empezar un nuevo ciclo escolar suele ser un momento lleno de emoción, no solo porque voy a volver a ver a mis compañeros de clase, sino también porque es una buena excusa para salir de casa. A mí no me gusta estar en casa; no sé si a otros chicos de mi edad les pasa lo mismo. Para empezar, soy el muchacho de los mandados: para todo quieren que yo salga o vaya a comprar. Para variar, ser el hermano de en medio me hace invisible para mis padres; no soy el primero en quien ponen sus esperanzas de sacarnos de donde estamos —la pobreza— ni soy el “concho” (así le decimos al hijo menor) a quien todos consienten. Tampoco me gusta que mi padrastro me esté comparando. Mi madre, después de que mi padre murió, se unió con Roberto y tuvieron a mi hermano menor. Eso me coloca en una situación aún más imperceptible. Por un lado, me agrada, pero soy invisible solo cuando les conviene: si es para mandarme a hacer tareas, estoy arriba como la estrella del árbol de Navidad, pero si es para tratarme bien o darme algo, soy como el betunero del mercado, aquel a quien nadie nota.

Por eso y por muchas otras cosas más, me agrada regresar al colegio. Este año, supongo que voy a conocer a nuevos compañeros; voy a primero de bachillerato y también me cambié de colegio, porque en el anterior no había bachillerato, solo básica superior. A tres días del inicio de clases veo que mi mamá ya ha comprado mi nuevo uniforme y que Roberto, a regañadientes, compró mis zapatos. A Dios gracias que me creció el pie, porque de lo contrario me habría tocado usar los anteriores, aunque estuvieran rotos. Algo que me alegra es que me dieron una maleta de mi primo; no es nueva, pero es de la marca que me gusta.

<https://editorialsival.com/>

Después del fastidioso acto de inauguración del año lectivo nos llevaron a nuestro salón de clase. Solo somos 23 estudiantes. Puedo notar que algunos se conocen; solo unos cuantos no hablamos. Por supuesto, eso no duró mucho: al pasar unas horas, todos estábamos conversando... todos menos uno, que estaba sentado mirando hacia afuera del salón y no interactuaba con nadie. Yo no le presté mucha atención; pensé que era un chico engreído que no quería hablar con nadie.

Pasaron unos días y conocimos a casi todos nuestros profesores. Hay unos que me caen súper bien, otros me inspiran temor y algunos simplemente no los soporto. El chico “creído” sigue sin hablar con nadie, aunque creo que lo estoy juzgando mal. No se ve que sea creído, pero tiene unas formas de moverse y de hablar un poco raras; en realidad, creo que es medio “meco”.

Hoy tocó hacer una exposición. Como trabajamos en grupo, no me tocó exponer, pero en el grupo del chico afeminado justo le tocó a él. El profesor de Historia le pidió que “se pare bien” y, cuando empezó a hablar, le dijo que hablara “como hombre”. Yo sonreí por la forma en que lo dijo, pero pude ver que Steven —el chico rarito— se sintió muy mal. En realidad, todo el salón se estaba riendo, y él apenas pudo leer la información. Su grupo no salió bien y, por supuesto, los compañeros le echaron la culpa.

Van tres días que Steven no viene a clases. Después del incidente con el profesor de Historia, me di cuenta de su ausencia porque Mary, la presidenta del curso, se lo dijo al profe de Química. Además, en Química también se formaron grupos para una exposición y justo me tocó trabajar con él. Como soy el jefe de grupo, me toca

organizar todo. No quiero sacar malas notas, así que pido los números de todos para distribuir bien las tareas. Una compañera me dio el número de Steven. No sé si escribirle, pero el profe me va a preguntar y no quiero que me llame la atención.

Al fin me animo a escribirle:

—Hola, soy Adrián, tu compañero de curso. Te escribo para decirte que nos toca hacer un trabajo en grupo y te tocó conmigo. Cuando puedas, me escribes para decirte lo que te toca hacer.

—Hola Adrián, soy la mamá de Steven. Yo le doy tu mensaje. Es que Steven estaba castigado. No te preocupes, Steven va mañana al colegio y se pondrá al corriente.

Con esto quedé más tranquilo. No sé por qué estaba preocupado por él; no somos amigos. Pero bueno, ya mañana le doy su tarea... que no será exponer, porque después de su última experiencia no creo que quiera.

Steven llegó con su mamá. Ella habló con el profesor de Química, luego Steven se sentó. En cuanto la señora se retiró, el profesor me llamó y me preguntó si ya tenía organizado lo del trabajo grupal. Le dije que sí, que solo faltaba entregarle su parte a Steven. Lo llamó y nos puso frente a frente; nos dijo que conversáramos y que, si se podía, nos hiciéramos amigos. No sé si lo dijo en serio o fue solo una frase.

Nos sentamos y a Steven le costaba mantener contacto visual, así que fui directo a explicarle la tarea. Le pregunté si tenía alguna duda y me dijo que no. No se cambió de puesto y me pareció raro; luego entendí que era porque estaba junto a la

ventana y no dejaba de mirar hacia afuera. Mientras pasaba el tiempo, traté de actuar como si él no estuviera allí, pero no sé por qué no dejaba de mirarlo. Me intriga su actitud: ¿será que no quiere tener amigos o que le da vergüenza conversar?

Al fin termina la cuarta hora y salimos a receso. De repente me mira y me pregunta si voy a salir o si me voy a quedar en el salón. No sé qué contestar; parezco tonto, no sé por qué me comporto así. Le digo que no voy a salir y él me pide que, si me quedo, por favor le mire la maleta. Le digo que no hay problema. Sale y regresa un rato después. Comienza a conversar conmigo por primera vez. Es un tipo tranquilo y me pide ayuda con un ejercicio de matemáticas que no había comprendido.

Todo iba bien hasta que llegaron unos compañeros. Al vernos conversando, empezaron a molestarnos diciendo que éramos novios. Me enoja y le caigo a golpes a uno de ellos. Los tres que nos molestaban se meten y terminamos peleando. El inspector nos separó y todos fuimos a Inspección. Para variar, nuestro tutor es el profesor de Historia, quien me regañó hasta cansarse, insinuando si yo también era “rarito”. Cuando llegó mi mamá le conté todo. Ella se molestó tanto con el profesor que lo amenazó con poner una queja.

Al salir, el profesor de Química me llamó. Me dijo que había hablado con Steven y sabía lo que pasó. Me pidió un favor: que mantuviera la amistad y lo ayudara un poco, porque ese día Steven por fin se había animado a conversar con alguien. Yo no sabía qué decir; por dentro estaba dispuesto, pero no sabía cómo reaccionaría mi mamá. Para mi sorpresa, estuvo de acuerdo.

El problema con los chicos provocó que nos cambiaran de tutor, y para nuestra suerte nos asignaron al profesor de Química como guía. Su primer objetivo era que nos lleváramos mejor y dejáramos las burlas. Hizo una reunión con padres y llevó material para trabajar. Fue una tarde agradable; nos conocimos mejor y creó un grupo de WhatsApp con fotos y logros. Ahora el grupo se lleva mejor. El profesor puso una alcancía: cada vez que alguien dice groserías o trata mal a otro, debe pagar una multa. Al inicio lo hacíamos por miedo; ahora lo hacemos para llegar a la fiesta de fin de curso.

También nos hace trabajar en parejas y nos dice que somos “hermanos gemelos”: si uno baja, el otro baja; si uno sube, el otro sube. Me tocó ser gemelo de Steven. Él es bueno en inglés y yo en matemáticas, así que nos ayudamos.

Me llevo muy bien con Steven. Hemos conversado mucho, aunque sigo con la duda de si es gay o no. He aprendido a respetarlo, pero esa duda aparece en mi cabeza. ¿Será que le pregunto? ¿Y si se enoja?

Hoy quedamos en estudiar en su casa. Estoy nervioso. Al llegar, su mamá nos saluda y empezamos la tarea. Conversamos y bromeamos; ahora su parte afeminada no se nota tanto. La duda vuelve a mi mente y me quedo distraído. Steven me toca el hombro. Le digo que no pasa nada, pero insiste. Me pregunta si estoy enamorado; le digo que no. Al fin, le digo que sí tengo algo en mente y le pregunto si no se va a molestar. Dice que no. Respiro, miro que su mamá no esté cerca, y le pregunto bajito:

—¿Te gustan los hombres?

No me escuchó; tuve que repetirlo. Frunció el ceño, me miró a los ojos y dijo:

—La verdad es que no sé si me gustan los hombres. ¿Y a ti... te gustan?

La pregunta me dejó absorto. Nunca me lo había preguntado. ¿Y si no me gustan las mujeres? ¿Y si me gustan los hombres?

Los días siguientes no estoy tranquilo. No me siento homosexual, no soy afeminado, pero tampoco sé si me gustan hombres o mujeres. ¿Es tan importante saberlo a mi edad? Mis compañeros parecen tenerlo claro.

En la noche me pongo a pensar qué pasaría si me gustan los hombres. Esto me angustia y llego a la conclusión de que debo buscar ayuda. Decido hablar con el profesor de Química.

Lo busco y le digo:

—Profe... ¿usted cómo sabe que le gustan las mujeres? ¿Cómo sabemos que no nos gustan los hombres?

Él me mira:

—¿A ti te gustan los hombres?

Me asusto:

<https://editorialsival.com/>

—¿Se me nota?

—No. Pero tu duda no es sobre mí, sino sobre ti. ¿Por qué me preguntas eso?

Era cierto. Me explicó que no debía preocuparme tanto, que con el tiempo sabría qué me gusta. Que no acelerara las cosas, que no debía torturarme, sea cual sea la respuesta.

Me voy más tranquilo, pero aún me quedan dudas.

Steven nota mi angustia, pero no le digo nada. Al salir, camina a mi lado y decido contárselo. Me dice que no debería preocuparme tanto, que no sería malo si me gustan los hombres. Le digo que para mí sí, que tengo hermanos y un padrastro complicados. Él me propone una “forma de saberlo”.

Sin decir más, me toma la cara y me besa.

Todo se quedó borroso. Fue breve, pero sentí que duró más. Luego se va sin despedirse.

Van dos días y Steven no me habla. Yo tampoco sé qué sentir. Ese beso me confundió aún más. He pensado besar a una chica para comparar. Nunca imaginé que mi primer beso sería con un hombre. Eso no ayuda mucho si me gustan las mujeres...

Decido hablar con Steven. Él cree que yo estaría enojado. Me pide perdón; dice que su duda pudo más. Le pregunto:

—¿Yo te gusto?

Me dice:

—Pues sí. Tienes muchas cosas que yo quisiera tener, y creo que eso hace que me gustes... ¿y yo te gusto?

No sé qué responder. Solo digo:

—Me caes bien.

Los siguientes días pasan tranquilos. Steven no vuelve a sobrepasarse y, de hecho, trata de no tocar el tema. Un día me dice que soy su mejor amigo.

Decido agradecer al profesor de Química. Le cuento lo que pasó. Él me pregunta si siento algo por Steven. Le digo que no sé, pero que seremos mejores amigos. Me responde:

—No tienes de qué preocuparte. Si después del beso ninguno sigue pensando en eso, quizás no les gustan los hombres, y aun si les gustaran, ser mejores amigos es bueno. Si algún día adultos deciden llevar ese beso a otro nivel, por lo menos ya serán amigos. Si no, pues tendrás un amigo a quien contarle todo. Adrián, más que buscar pareja o saber si te gustan los hombres o las mujeres, lo importante es saber hacer amigos y respetar a las personas sin importar su orientación sexual, religión o postura política. Tú has cultivado una amistad verdadera, y eso vale más que

cualquier etiqueta. Deja que la vida te muestre el camino, pero no lo recorras solo.

Haz amigos que te amen por quien eres.

Entro al salón y veo a Steven sentado, esperándome para hacer una tarea. Me siento feliz. No sé muchas cosas de mí aún, pero tengo amigos con quienes las iré descubriendo poco a poco.

Al finalizar este recorrido, el protagonista comprende que no todas las respuestas deben llegar de inmediato y que la identidad personal es un proceso que se construye con tiempo, experiencias y apoyo emocional. Más allá de sus dudas, descubre el valor de la amistad auténtica, el respeto a la diversidad y el acompañamiento afectivo que puede transformar la vida escolar. La historia concluye recordando que lo verdaderamente esencial no es definir quiénes somos de manera apresurada, sino permitirnos explorar, crecer y caminar junto a quienes nos aceptan tal como somos.

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES

NO QUIERO, PERO YA SOY MAMÁ



La historia “No quiero, pero ya soy mamá” refleja con crudeza y sensibilidad la realidad de una adolescente cuya vida ha estado marcada por el abandono, la violencia y el dolor, pero también por la presencia de vínculos protectores capaces de transformar una existencia herida. A través del relato se evidencia cómo la escuela, más allá de su función académica, se convierte en un espacio donde las emociones emergen, se escuchan y se acompañan. El caso de Allison invita a comprender que detrás de cada estudiante puede existir una historia silenciosa que exige empatía, guía y humanidad.

NO QUIERO, PERO YA SOY MAMÁ

El sexo probablemente es uno de los placeres puestos en nuestra esencia que más disfrutamos; sin embargo, también es uno de los que más problemas nos trae y, por irónico que parezca, uno de los más condenados. Puede afectar de forma negativa la vida de cualquier persona, sin importar su edad. Pocas veces se disfruta a plenitud; con este vienen detrás la infidelidad, la castidad, el chisme, la envidia y la muerte. No es que sea malo, de hecho, es tan bueno que nos vuelve malos individuos cuando queremos hacer de él nuestro centro.

Todo esto lo comprendió Allison de manera lenta y cruel. Conocí a Allison cuando fui tutor de los estudiantes de primero de bachillerato. Debía enseñar química y además guiar a mis estudiantes durante su curso lectivo. Era una niña muy callada, de pocos amigos, mirada tímida y fugaz y de un exacerbado rechazo al contacto físico. Generalmente no me cuesta hacer conexión con mis estudiantes, sin importar el género; mi trato paternal y el respeto que les entrego hace que pronto ellos se sientan con confianza y protegidos. Eso es lo que me han dicho cuando hacemos un ejercicio de expresar nuestras emociones. Ese ejercicio lo suelo hacer cuando ya nos conocemos bastante, damos una mirada hacia atrás y recordamos cómo nos conocimos y decimos lo que pensábamos y lo que esperábamos de cada persona. Luego analizamos cómo fueron nuestra perspectiva y las realidades subsecuentes.

Con Allison fue bastante difícil conectar. Ella tenía al principio una asistencia irregular, y las veces que venía no podíamos realizar actividades para integrarla al grupo; una clave para la integración es la asistencia regular. Otro factor era que

Allison no respondía apropiadamente a la compañía de compañeros varones. Desde el principio sospeché qué ocurría, pero ese tipo de presunciones no se pueden expresar de buenas a primeras; así que fui paciente y comencé a entregar en mis clases información atrayente, y cuando ella asistía procuraba generar un ambiente que le proporcionara tranquilidad y confianza. También le puse de tarea a tres de sus compañeras que se acercaran a ella para darle su amistad; no por nada se dice que las penas con un amigo son más ligeras.

Otra tarea que me impuse fue conocer a los padres de Allison. Eso me resultó muy difícil: ella no vivía con sus padres, vivía con su abuelita y dos tíos. La madre había muerto en el parto y el padre se había hecho de otro compromiso y no se había hecho cargo de ella. Cuando conocí a la abuela, sabía que no iba a tener mucho éxito; era una señora de pocas palabras y un aspecto bastante áspero. La trataba muy mal y la culpaba de la muerte de la hija. Afirmaba que, de no ser por el capricho de la hija de tenerla, la hija no habría muerto. Comprendí que, si me lo decía a mí de buenas a primeras, seguramente se lo diría a la niña todos los días. Así que mi estudiante venía cargando con una culpa que la atormentaba desde pequeña. Si ya sentirse culpable es malo, no me imagino qué se sentirá creerse culpable de la muerte de tu propia madre; no solo eso, sino que la persona que debió reemplazar en algo a tu progenitora sea quien te recuerde lo craso de tu venida al mundo todos los días de tu vida.

Hasta ahora ya sé varias cosas de Allison: vive con su abuela, que no le muestra cariño maternal; también con sus tíos, de los que no sé casi nada; es huérfana y no le agrada la presencia de los hombres. Siento que no he avanzado mucho, y sus notas no son buenas en ninguna materia, tanto que ya mis compañeros se han

vuelto Nostradamus y vaticinan lo peor para la vida de Allison. Lo sé porque en una de sus triadas dicen: “Esa niña no tiene futuro. ¿Han visto cómo es la abuelita? Si así es la abuela, ¿cómo terminará la nieta?”.

Es triste pero real: a veces quienes deberíamos dar apoyo somos quienes terminamos aniquilando el producto máspreciado de nuestro trabajo. A veces nos cuesta reconocer que nos pagan no por tener una hoja de calificaciones llena de 10; nos pagan para educar, y eso trasciende más allá de una simple calificación.

Hoy he decidido que dejaré de ver los obstáculos y comenzaré a actuar. He notado que Allison sí asiste cuando toca mi asignatura, así que voy preparado. Antes de salir comparto mis ideas con una compañera de trabajo; esperaba que ella me diera alguna clave o algo así. En vez de eso me dio una retahíla de argumentos basados en su formación. Es triste ver que ni siquiera entre personas del mismo género hay verdadero apoyo. Concluyó su diatriba diciendo: “Puedes meterte en problemas si tratas de ayudar a esa niña; te pueden acusar de acoso sexual, ten cuidado. Además, ¿por qué te importa tanto? Debes ir y dar tu clase, que al final para eso te pagan”.

No me quedó de otra que agradecer y decir que iba a tomar muy en serio sus consejos.

Mientras caminaba me iba recriminando, pero procuré no bajar el ánimo. Pedí ayuda a las compañeras de Allison. Sabía que era su cumpleaños, y también supe que a ella no le habían celebrado su cumpleaños nunca. Eso se los dijo a sus amigas, aquellas niñas a las que les pedí que hicieran amistad con Allison. Llevé una torta

pequeña y unos adornos; las amigas llevaron unas cosas para la mesa, y los compañeros habían hecho una canción tipo reguetón y se la iban a cantar. Había una cartelera con los buenos deseos de todos y, con mucho esfuerzo, conseguí una foto de la mamá; se la pedí a la abuelita. Al final la señora no era mala persona, solo había sufrido mucho y no había manejado bien el dolor de sus pérdidas.

Cuando llegó al salón, todos estábamos como si fuera un día normal. Ella no sospechaba nada, porque yo no le dije ni siquiera a la abuelita lo que iba a hacer. Llegó, pidió permiso y se sentó sin mirar a nadie; se notaba que no había sido un buen día, pero eso nos motivó a todos a llevar el plan al pie de la letra. Se suponía que debíamos hacerla poner de pie y le pediríamos que leyera algo de la asignatura. Yo la llamé y le di la consigna; cuando ella leyera, sería un pequeño laudatio de ella misma. Cuando comenzó a leer no sospechaba nada, pero cuando leyó la frase final, que decía: “Esa hermosa niña es Allison”, desprendió en llanto. Sus amigas la tranquilizaron y yo me acerqué un poco; le pedí disculpas por haber organizado esa pequeña actividad para ella. Me miró y corrió a abrazarme. Yo quedé helado, no esperaba esa reacción. Me dijo: “Muchas gracias por querer ser mi amigo y perdón por todas las veces que le traté con desprecio. Yo le tengo miedo a los adultos y más a los hombres”.

Yo solo la abracé e invité a las amigas a unirse al abrazo. La fiestita terminó muy bien, y al final ella se calmó. Era la primera vez que la veía sonreír sin temor y bromear con sus compañeros sin temores. Al final llegó la hora de despedirse y ella de manera inmediata cambió su semblante; era como si hubiera despertado de un sueño y regresara a su triste realidad.

Las semanas posteriores Allison fue mejorando considerablemente, tanto en el trato como en sus calificaciones, y ya podíamos mantener conversaciones más extensas. Allí pude conocer que sus tíos eran hermanos de la mamá solo por parte de madre y que no estaban en buenos pasos. Ellos maltrataban a la abuelita y a ella, y por varias ocasiones la habían hecho dormir en un parque porque ellos llegaban con sus amigos y armaban fiestas en la casa. También supe que tiene una tía por parte de padre, con la que conversa regularmente. Aunque la tía no tiene una buena condición económica, la visita de vez en cuando y le lleva ropa.

He planeado un paseo con los estudiantes para el término del trimestre; eso seguro ayuda a varios de ellos que nunca han salido de su vecindario y además llevan una vida poco manejable. Allison no me aseguró que vaya; me contó que a uno de sus tíos lo habían llevado preso y que el otro está cada vez más insoportable.

Hoy no llegó Allison. Me sorprendió porque ya comenzaba a asistir con más frecuencia. Me animé a llamarle a la abuelita. Allison estaba en el hospital; la habían llevado a ambas de emergencia. Fui al hospital al terminar mi jornada, preferí no decirle a nadie; no quería que se formaran ideas por adelantado. Al llegar al hospital, con más precisión a la sala donde estaba Allison, veo que estaba un policía. Me preguntó quién era yo y por qué iba; desde ese momento presentí que no era nada bueno lo que había pasado. El policía me dijo que no podría ver a la niña hasta después, así que le dejé el regalo que llevaba (algo de fruta) y quedé en regresar después.

Por supuesto que lo hice. Tres días después ya estaba Allison en condición de recibir visitas. Cuando llego, a la primera que encuentro es a la abuela. Se sorprendió de

verme y me abrazó como si fuera su hijo. Lloró y me decía: “Por favor llévesela”. Yo no entendía la raíz de su petitorio; no fue hasta cuando se calmó que me pudo contar lo que había ocurrido esa noche.

Su tío había llegado de hacer algún tipo de robo o mal negocio. Llegó a casa y había dejado algo escondido; ninguna de las dos había visto qué era. Él se había ido casi enseguida. A la media hora, cinco motos llegaron con diez hombres y se metieron a la casa; rebuscaron todo y golpearon a la abuela. A Allison no le fue mejor: las golpeaban para que les dijera dónde estaba el malandro del tío. Como no les creían que no supieran, las golpearon más, y a mi estudiante no solo la golpearon, también abusaron de ella. Ellas no saben por qué no las mataron. El tío no aparece y ella no quiere ir a su casa por temor de que esos tipos o el tío regresen; ambas circunstancias son igual de terribles.

Por fin pude ver a Allison. Como esta vez decidí ir con dos de sus amigas y sus padres, la visita fue más agradable para ella. Cuando nos ve se pone a sonreír, y sus amigas le dieron lo que pocas personas saben dar en la vida: paz. Allison está bastante estable a pesar de todo lo que vivió. Nosotros decidimos no tocar el tema para evitar que Allison se pusiera triste. Ella, sin embargo, dijo: “No tienen por qué esforzarse. Sé muy bien lo que me ha pasado, pero mi vida ha sido sufrir y sufrir desde pequeña”. (Sus ojos se ponen llorosos.) Me mira y me pregunta: “Profesor, ¿por qué no puedo ser feliz?”. Yo no sé qué responder, solo atino a decir: “No tenemos felicidad, solo momentos felices; trata de recordar esos momentos, aunque sean pocos”. Ella mira a sus amigas y les dice: “Los únicos momentos felices los he tenido con ustedes”.

Allison no regresa con su abuelita. Los policías y un juez determinan que es mejor que ella se mude con su tía, y le darían a la tía un bono por Allison hasta que termine sus estudios. Ya son casi seis semanas del incidente y Allison, a pesar de todo, está evolucionando muy bien. El DECE habló con los docentes para evitar que se den temas de conversación sobre lo ocurrido a la niña. Eso fue lo más oportuno; evitó revictimizar a Allison.

Es miércoles. Hoy debo enseñar sobre los agentes químicos que intervienen en la reproducción. He preparado la clase pensando en Allison; no voy a tocar las partes que refieren al coito, para evitar que ella genere recuerdos innecesarios. No quiero que mis estudiantes tengan pensamientos intrusivos por lo que yo diga. Allison llega muy callada; es como si fuera la Allison del inicio de clases. Sus amigas la miran, pero ella no. Tira la cabeza para atrás y comienza a mirar hacia el firmamento. No le digo nada; sé que algo pasa, pero creo que no soy el más apropiado para preguntar. Voy a dejar ese trabajo para sus amigas.

Llega el receso y Allison me busca y pide conversar conmigo. Yo le doy un espacio y me dice: “Creo que estoy embarazada”. Su cara se pone roja y se sentó de súbito. Yo quedé pasmado; tenía tantas cosas en la cabeza. No sabía por qué me lo decía a mí, no sabía si alguien más ya lo sabía, no sabía si quería que le aconsejara algo, no sabía qué preguntar o qué decir. Le pregunté: “¿Quieres que llame a alguien en particular?”. Ella me mira y dice: “No... o no sé. No sé qué es lo que quiero. Ya no aguanto, profesor, ya no sé qué hacer. ¿Por qué debo sufrir tanto?”.

Abrazo a Allison y solo le digo: “Estoy contigo. Todo va a salir bien”. Consideré apropiado llevarla al DECE; yo no podía manejar esta situación solo. Allí le

compramos una prueba de embarazo mientras se llamaba a la representante. Cuando la tía llegó le contamos lo ocurrido, y ella, después de echar a llorar, llevó a Allison al baño y le ayudó a hacerse la prueba. Salió positiva. Todos nos miramos y no atinábamos qué decir. Allison me mira y me pregunta: “¿Qué voy a hacer, profesor? Ayúdeme, no quiero nada de esto”.

Yo no me consideraba en condiciones morales para decirle a una niña embarazada qué hacer. Miro a la representante y ella me dice: “Díganos qué hacer; yo tampoco sé cómo actuar”. Cuando iba a hablar, la compañera del DECE apunta a decir: “No olvides que puedes abortar; es una opción”. No quería que la conversación se tornara en un debate y siempre he tenido claro que entre compañeros debemos apoyarnos; incluso para estar en desacuerdo se debe tener tino y no atacarnos. Le dije: “Es verdad, Allison, el aborto es una opción. Por otro lado, deben considerar la alta responsabilidad que significa tener un hijo. Ambas opciones conllevan consecuencias irreversibles. No te voy a hablar de Dios porque estoy en mi trabajo y debo darte un pensamiento laico, pero debes tener presente que tu mamá, a pesar de todo, dio su vida para que tú vivas, y ella vive a través de ti. Sé que tu vida ha sido muy dura y que no te mereces todo lo que te ha pasado, pero la criatura que llevas en tu vientre tampoco tiene la culpa de las circunstancias bajo las cuales fue concebida. Allison, estamos contigo y nadie te va a reprochar por la decisión que tomes. Creo que debes tomarte unos días y, cuando estés lista, decidir. Solo no dejes pasar mucho tiempo”.

Allison y la tía se van y nos quedamos con la compañera del DECE pensando cómo la vida se abre paso a través de la desgracia; cómo, sin importar las condiciones socioemocionales, los hijos vienen sin preguntar si pueden o no nacer.

Pasan dos días y llega Allison a clases. A pesar de todo, lleva buen semblante. Entra animada y conversa con sus amigas. Al terminar la clase se me acerca y me dice: “Hola, profe, me da gusto verle. ¿Cómo ha pasado?”. Yo la miro y le digo que estoy bien, que me da gusto verle.

Al salir del aula me dice: “Profe, he decidido tener a mi bebé. Sé que solo tengo 16 años y no tengo nada que ofrecerle, pero estoy segura de que Dios lo ayudará, así como me está ayudando a mí”.

La miro fijamente y pregunto: “¿Segura que quieres ser mamá?”. Ella me mira llena de confianza y dice: “No quiero, pero ya soy mamá. Ya no hay vuelta atrás. Solo quiero saber que usted me apoya como lo ha hecho hasta ahora”.

Abrazo a Allison y le digo: “Dios ha hecho todo hasta ahora; dejemos que Él siga haciendo”.

La experiencia de Allison nos recuerda que, incluso en los entornos más adversos, un gesto de apoyo puede abrir caminos de esperanza y resiliencia. Su decisión final, asumida desde el dolor, pero también desde una fuerza interior inesperada, evidencia la importancia de acompañar sin juzgar, orientar sin imponer y sostener sin abandonar. La historia concluye mostrando que la presencia afectiva de un docente y el respaldo emocional del entorno escolar pueden convertirse en pilares fundamentales para que un estudiante encuentre sentido, contención y dignidad en medio de las pruebas más difíciles.

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES

NO DEJARÉ QUE ARRUINE MI VIDA



La historia de Gina revela la profunda lucha emocional que viven muchos adolescentes que enfrentan violencia, abuso y abandono en silencio. A través de su voz, se muestra cómo el dolor puede transformarse en rabia, cómo el miedo puede disfrazarse de violencia hacia otros y cómo, aun en medio de la oscuridad, una palabra de apoyo puede sembrar la fuerza necesaria para romper el silencio. Este relato evidencia la importancia del acompañamiento escolar, la empatía y la intervención oportuna para salvar vidas y transformar realidades.

NO DEJARÉ QUE ARRUINE MI VIDA

¿Se han subido a un disco giratorio de los que hay en los parques? Cuando le pones mucha fuerza y giras mucho te deja tan mareado que, cuando te bajas, todo gira y no sabes qué hacer. No te puedes mantener en pie, quieres vomitar y lo único que buscas es un espacio que te dé estabilidad.

Soy Gina y llevo un secreto conmigo, un secreto que me pesa y no me deja respirar cada vez que pienso en él, un secreto que, como tal, no se lo he contado a nadie. A mis 14 años me siento vieja, me siento fea y creo que lo soy. Vivo angustiada y no puedo dormir bien. A veces me pregunto: ¿por qué la vida me trata así? No sé hasta cuándo pueda soportar. Quisiera irme lejos, donde ya no me puedan lastimar, pero al mismo tiempo me da miedo irme a lo desconocido. No sé si, por huir de esta terrible realidad, vaya a parar a una peor. No sé qué hacer; antes lloraba, ahora solo respiro profundo y dejo que las cosas pasen.

Hoy debo ir al colegio, no sé para qué, soy mala estudiante. La verdad es que hago todo mal, y mi madre y hermanas me lo recuerdan a cada rato. Igual iré; allá tengo <https://editorialsival.com/>

a quién molestar y así me olvido de mi vida por un momento. Voy a primero de bachillerato, tendré compañeros nuevos, también profesores nuevos y otras materias. Me emociona un poco, pero, al fin y al cabo, colegio es colegio: el sitio donde los adultos nos envían para librarse de nosotros por unas horas al día.

El día no estuvo tan mal. El grupo es chévere, se puede molestar, la tutora es una vieja que no sabe ni dónde está parada; es mejor, así podremos molestar a nuestro gusto. Hay una pelada que llevó una cartuchera bacana; mañana se la robo, y donde se quiera poner alzada, le caigo a golpes, así sabrá quién manda. Ya le dije a Melisa que se ponga pilas para quitarles las cosas a las más bobas del curso.

Hoy llega ese desgraciado. Lo odio, ya no quiero que me toque. Quisiera matarlo, pero no puedo. Quiero dormir con mi hermana, pero la muy maldita no quiere y ya mi mamá me retó porque no quiero dormir en mi habitación. Le iba a poner seguro, pero mi mamá insiste en que en su casa nadie duerme con seguro. Si ella supiera, quizás no diría nada; siempre me echa la culpa de todo lo que pasa. Creo que, en el fondo, mi madre me odia.

Son las 12 de la noche y no puedo dormir, estoy esperando que el desgraciado abra la puerta. Quiero gritar, el odio que siento por dentro me ahoga, quiero desaparecer. Suena la puerta. Me he puesto tres colchas encima y me puse un jean apretado; estoy sudando como un cerdo, pero prefiero eso a que ese infeliz me vuelva a tocar. Es mi madre, claro. Prendió la luz y me vio envuelta; me obligó a sacarme todo entre gritos y empujones, me llamó loca y me dijo que hasta la noche la hago renegar. Creo que todo ha sido un plan de él, porque al salir de la habitación

mi mamá le dijo: “Tenías razón, estaba forrada y sudadita, esa niña no sé qué tiene en la cabeza.”

Estoy llorando como una idiota de nuevo. Diosito, ¿por qué no me contestas? Ayúdame, ya no quiero que él me toque. Son las 3 de la mañana, no he podido dormir. Al final el monstruo entra y yo estoy indefensa, no grito, no; solo respiro profundo. El asqueroso me besa, yo quiero vomitar. Siento un frío en mi vientre, y todo el cuerpo me pesa, siento como si me hubiera atropellado un camión. Me duele todo. Por fin se va, y yo no sé cómo sacarme su olor del cuerpo. Pienso en dónde podría irme si lo mato; no tengo dónde ir. Son las 5 de la mañana y sigo acostada sin poder moverme, quiero morir, ya no puedo más con este dolor.

He subido de peso y mi madre me lo hace notar. Últimamente como sin control, me da mucha hambre. Voy al colegio, estoy enojada y necesito golpear a alguien. Hoy llego con cartuchera nueva a casa. Me la merezco, debo tener esa cartuchera. Busco a la boba de Brigitte y le digo que me dé la cartuchera, además le exijo que desde mañana debe traerme un dólar. Así tendré para comer en el receso.

Es la tercera hora y llega el profesor de química. Es algo joven y se viste bien, no es mal profesor; por lo menos no se puso a hablar de su vida ni de sus títulos. Quiere que trabajemos en equipo y nos dio una hoja para que escribiéramos cómo nos sentimos. No escribí nada y le entrego la hoja vacía; él me mira y me dice: “¿Qué pasó, Gina?, ¿no quieres decirnos cómo te sientes?” Solo lo miré y le retorcí los ojos. ¿A él qué le importa cómo me siento?

Termina el día y sigo enojada. Quitarle la cartuchera a esa estúpida no me dio alegría; en el fondo me sentí miserable. Por un momento vi en su mirada el mismo miedo que yo siento, pero no me importa. No voy a ser la débil en el colegio, allá no.

Es viernes por fin y la tutora me llama a primera hora para pedirme que le devuelva la cartuchera a Brigitte. Supuestamente la madre ha llegado al colegio a reclamar. ¡Vieja estúpida! Por supuesto que le mentí, no le pienso devolver nada. Me da coraje y busco otra víctima; siempre hay alguien que tiene miedo y yo voy a aprovechar eso. Hoy me llevé maquillaje y una calculadora, y ya tengo dinero para el lonche de mañana. La profesora le envió una citación a mi mamá; no se la voy a entregar, y la vieja esa se puede pasar llamando al teléfono de mi mamá. Igual le di un número inventado. Total, mi mamá solo pasa pendiente de su maridito, pendiente de que no se lo quiten. Si ella supiera... si ella supiera.

Es martes otra vez. El profesor ese nos pidió que hiciéramos un grupo para un trabajo de química y ha pedido que yo sea la que explique el tema. No sé por qué se me carga. Igual no voy a decir nada, yo no estoy obligada a hacer lo que él dice. Los hombres creen que solo por ser hombres nos pueden dar órdenes. Todos los hombres son unos desgraciados, no conozco a uno que valga la pena conocer.

Mis amigas dicen que ese profesor es buena gente y hoy nos llevó dos pizzas para compartir. Dio la clase y usó las pizzas para explicar la diferencia entre mezcla homogénea y mezcla heterogénea. Es la primera vez que se me queda algo, y las pizzas estaban buenas. Creo que, en realidad, no es mala persona, pero sigue siendo hombre y eso es suficiente para mí.

Hoy tengo ánimos de robarme algo, y le vi un teléfono a una pelada. Quiero ver si se lo saco de la maleta. La falla es que ese profesor está de turno justo en las aulas. Voy a mandar a mis amigas a que lo entretengan para yo meterme y sacar el teléfono. Las cosas no resultaron bien; ese profesor nunca deja de mirar a las aulas. Ya será en otra oportunidad.

Hoy es jueves y quizás llegue ese infeliz otra vez. Ya no me esfuerzo, todo lo que intento no funciona. Mi amiga me habló de una droga que te deja como ido; quiero conseguir un poco. En receso voy a ver si alguien vende. Camilo me dijo que me puede conseguir; no es cara, con que le saque dos dólares a alguna bruta tengo. Ya llevo la fundita, se la voy a poner en la comida al desgraciado ese. No me importa si se muere, no pienso vivir más con este sufrimiento, o es él o soy yo. Ya está aquí, y como siempre finge que me quiere; delante de los demás es amoroso y correcto. Si los demás supieran lo que yo sé, seguramente no lo tratarían como lo tratan. Mi mamá me mandó a servir la comida, es mi oportunidad.

Es arroz con menestra, es ideal. Lo voy a mezclar en la menestra, ahora es cuestión de que se coma todo. Los platos están en la mesa y le puse el plato donde siempre se sienta. Estoy nerviosa, no sé qué pasará. Debo calmarme. No deben notar que estoy nerviosa. Por fin se sientan y yo como un poco. El desgraciado tiene un olfato de animal: la olió y dijo que la sentía rara. Pero mi mamá no piensa botarla, intercambiaron los platos. Ya qué más da; seré quien mate a mi madre de una sobredosis. No pienso decirle nada. Mi mamá también la notó rara y no se la comió. En el fondo me siento tranquila; se siente raro que lo diga, pero creo que sí quiero a mi madre... un poquito... pero la quiero. En la madrugada volvió a pasar. ¡Maldito!

Hoy, en la clase de química, el profe nos llevó al patio; nos hizo un juego de tomarnos las manos para entender cómo se enlazan los elementos químicos y nos dijo que hay varios tipos de enlaces. Esa materia me gusta, y el profe... bueno, no es como los otros hombres. Y mis compañeros tampoco son como los veía antes; creo que no todos los hombres son unos desgraciados.

El profe me pidió que haga una tarea especial, algo como una rutina de no sé qué. Las preguntas de esa actividad me pusieron a pensar: quizás hay otras formas de arreglar las cosas. El profe se dio cuenta de que yo me cojo las cosas de los demás y me dijo que, si no hacía la actividad, me iba a llevar a la dirección y él mismo iría a mi casa a hablar con mi mamá. Él ya se dio cuenta también de que no le entrego las citas a mi mamá y le creo capaz de ir hasta mi casa.

Hoy me siento muy triste, no sé por qué; solo me siento triste. Mis amigas dicen que vayamos donde el profe, que él es bueno para aconsejar. Yo nunca he buscado a otra persona para hablar de mis problemas, no confío en nadie. El profe dice que los problemas son del tamaño de tus miedos y que, cuando nos llenamos de valor, el miedo desaparece y, por consiguiente, los problemas también. No sé cómo hacer que mi miedo desaparezca, y no creo que desapareciendo mi miedo mis problemas desaparezcan también.

Ya casi termina el trimestre y, gracias a la ayuda de mi profesor y de mis compañeros, he subido de notas, y también he dejado de robar. Además, el profesor me puso a trabajar con Brigitte y las otras niñas a las que molestaba en receso. Son buenas niñas. La verdad, me siento mal por haberlas tratado como las

trataba. Ahora ellas llevan de comer y me comparten, y me cuentan sus cosas. Yo les cuento poco de mi vida, pero me agrada escucharlas. El profesor quiere que hagamos un proyecto que se llama “mi línea de tiempo”. Debemos contar nuestra historia en un gráfico. Tengo miedo de hacerla; mi vida no es agradable. Le dije que no quiero hacerla, pero ese profesor tiene una manera de convencerte. Me dijo que la haga y me dio su palabra de no mostrarle a nadie mi trabajo.

En vez del trabajo decidí escribir una carta. No se la escribí a él. Se la hice a mi mamá.

Carta para mamá

Querida mamá: hoy he decidido escribirte esta carta. No sé por dónde empezar, no quiero reclamarte nada. Eres mi madre y te amo, pero quiero que sepas que he sufrido mucho y no soy feliz; tú eres parte de esa infelicidad. Desde hace dos años tengo un secreto que he querido contarte y que tú me puedas salvar, pero cada vez que trato de acercarme a ti, tú me rechazas.

Cuando me gritas que soy igual a mi padre me haces sentir desdichada y muy miserable. No sé si algún día me trataste bien. No sé si, cuando era una bebé, lo hacías. Trato de imaginarme algún momento en el que me decías que me quieres, pero no encuentro ninguno. No sé si tú me quieres; yo sí, a pesar de todo, te amo.

Mamá, te escribo esto porque estoy segura de que no lo vas a leer, pero cómo quisiera tener el valor de darte la carta y que sepas todo de una vez.

El hombre que tú amas tanto es el hombre que yo más odio en mi vida. Él lleva dos años abusando de mí y me viola mientras tú duermes. Me amenaza y dice que nos matará a todas si te lo cuento. Me quiero morir, mamá; ya no quiero esta vida.

Nadie sabe lo que te estoy contando y creo que nunca tendré el valor de decírtelo. Ojalá algún día me puedas comprender.

Tu hija que te quiere... Gina.

Llevo la carta el día de clase de química, la tengo en el bolsillo. Tengo nervios, no sé si el profe cumpla su palabra. Además, no hice lo que él me pidió, no sé si me quiera recibir la carta. Mejor no le digo nada. Es mejor que no le entregue nada, me voy a esconder para que no me vea.

¡Caray! El profe no pedirá el trabajo por montones, va a llamar por lista. Eso no me dejará opción; le tendré que decir que no hice el deber. Me llama, por supuesto no me cree, me preguntó qué tipo de trabajo hice. A ese señor no se le puede mentir; se da cuenta enseguida cuando alguien está ocultando algo. Le rogué, casi me arrodillo, para que solo le ponga un visto a la carta y que no la lea. Le dejo la carta y, con ella, mi vida.

Al día siguiente el profesor me llama a su escritorio. Pensé que me iba a llevar a la dirección o al DECE; al contrario, me devuelve la carta y me entrega otra más. Me dice que esa es de él para mí. La carta decía:

Querida Gina:

<https://editorialsival.com/>

Mi estimada estudiante: no es muy común que yo les escriba cartas a mis estudiantes y menos a las señoritas; las respeto como a mis hijas. Veo que hiciste una carta, por eso me animé a hacerte una. Supongo que se te hace más fácil comunicarte por medios escritos y tengo la esperanza de que este mensaje que te estoy escribiendo llegue a tu mente y a tu corazón oportunamente.

Tú eres una niña con muchas habilidades. Desde que te vi en el grupo vi tus cualidades de líder y me di cuenta de que realmente ves a las personas, las analizas y sabes ver qué necesitan o si tienen miedos. Eso no lo logra cualquiera. Es verdad, tienes muchas cosas que debes mejorar, pero ¿quién no las tiene!

Hoy quiero que sepas que eres única y especial. Dios ha decidido que tú estés en este mundo y, sin duda, si te tiene viva hasta ahora es porque Él tiene un propósito para ti; solo debes analizar bien cuál es. Además, quiero que cuentes conmigo. Yo sé que no te caen bien los hombres; lo he notado, pero tienes en mí un amigo, como si fuera un padre.

Y cualquiera que sea el problema que estés pasando debes tener presente que quizás ese problema tiene más de una solución y, cuando tengas el valor de resolverlo, tal vez estés ayudando a alguien más también.

Tu profesor que te estima...

Esa carta caló profundamente en mí. No pensé que alguien pudiera ver en mí todo eso. Pude notar que nunca quiso propasarse conmigo; me veía como una hija. Y sus palabras, de que mi problema puede tener más de una solución y que quizás

con valor puedo ayudar a alguien más, me hicieron pensar. Cuando este desgraciado se cansa de mí irá por mi otra hermana o con alguien más. No sé cómo hacer; tengo mucho miedo, siempre he vivido con miedo, pero pensar en mi hermana me llena de valor.

El profe tiene razón. No me importa mi vida; sigo sintiendo que no valgo nada, pero mi hermanita no tiene que pasar por todo lo que yo estoy pasando. Salgo del colegio y, como cosa de Dios, pasan unos policías. Les conté todo. No me dejan ir a la casa sola, llaman a una policía mujer y ella me vuelve a escuchar. Me dio un abrazo y me dijo que no me iba a dejar sola en esto.

Van con un patrullero a la casa. Mi mamá me mira y comienza a gritar. Yo solo la miré y le entregué la carta. Fueron a buscar al desgraciado ese a su trabajo. Mi mamá no deja de llorar, no la dejan que hable conmigo. La policía me volvió a preguntar si de verdad mi mamá no sabía nada y yo le confirmo que nunca le dije a nadie. La mujer policía me preguntó qué me hizo hablar. Le dije que pensé en mi hermanita; no quería que ese hombre le haga daño. Me vuelve a abrazar y dijo que yo era valiente y una buena hermana.

Hoy regreso al colegio, mi mamá va conmigo. Desde ese día ya no me trata igual y, llorando, me pidió perdón. Mi mamá quiere hablar con el profesor; quiere saber si él sabía algo, a pesar de que yo le dije que no, porque la carta estaba tal cual como yo se la había entregado. El profesor habló con mi mamá, el DECE también fue. El profesor indicó que efectivamente yo le había pedido que no lea la carta y que había notado que, para mí, era importante, así que no lo hizo. Pero supuso que algo me preocupaba y por eso decidió escribirme una carta para darme ánimos.

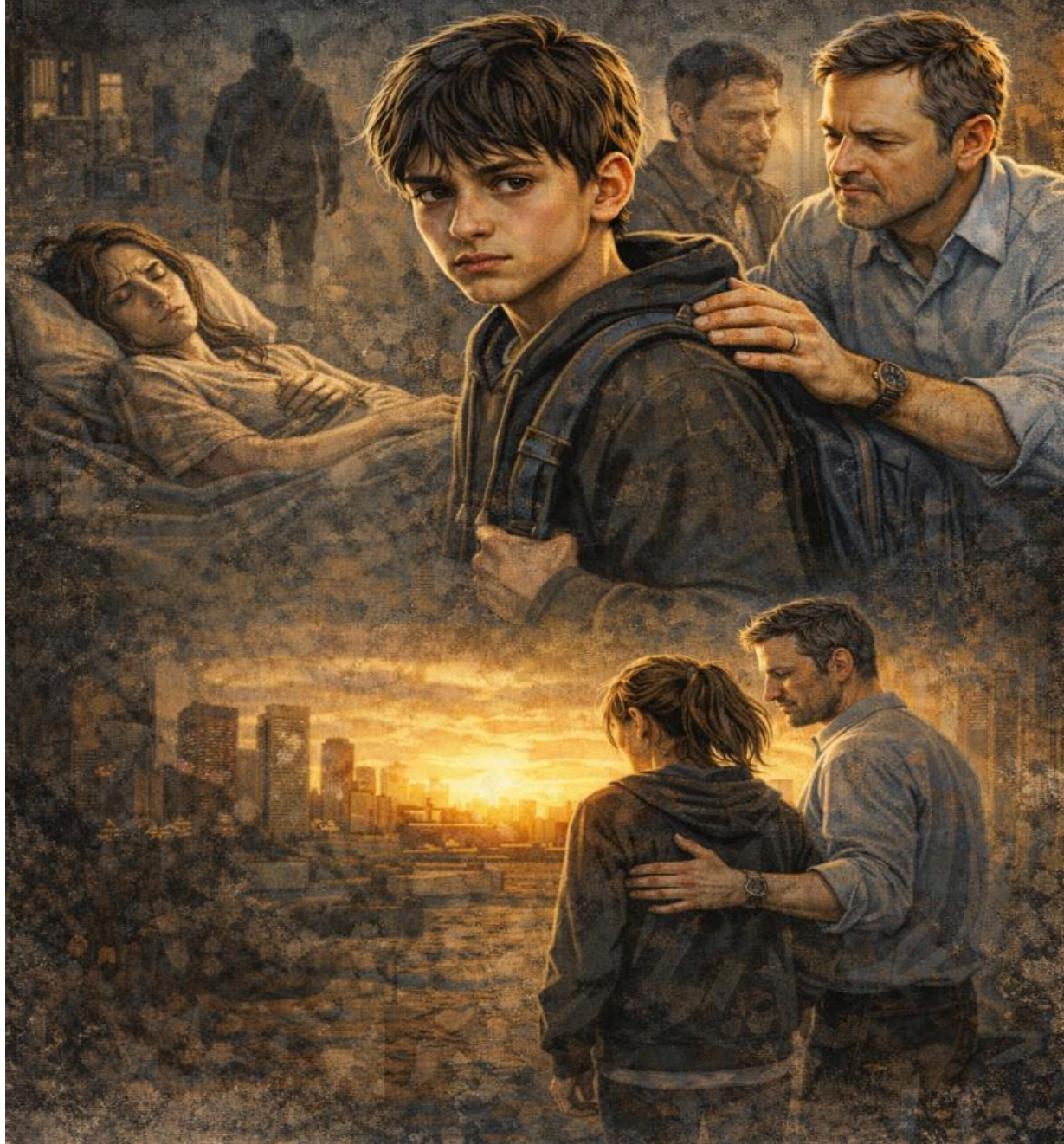
Mi mamá me volvió a pedir perdón y le dio las gracias al profesor. El DECE y mi madre se van. Le pregunté al profesor si le podía dar un abrazo; él dijo que no era prudente, pero que con un apretón de manos estaba bien. Al final le di la mano y lo abracé, no pude resistir. Cuando lo solté él me dijo: “Lo importante es que ese desgraciado ya está preso y tú eres libre.” Me quedé pasmada, lo miro y le dije: “¿O sea que sí leyó la carta?” Me juró que no. Pero que él sabía que estaban abusando de mí, pero no tenía pruebas para denunciar. Y me dijo: “¿Y ahora qué piensas hacer con tu vida?, ¿seguirás molestando a los más débiles?”

Lo miré y le dije: “No, ¡no dejaré que lo que ese infeliz me hizo arruine mi vida!”

La historia de Gina concluye recordándonos que ninguna realidad dolorosa define para siempre la vida de una persona. Su valentía para denunciar, la guía de un docente sensible y la intervención de las autoridades le permitieron romper un ciclo que parecía interminable. Aunque las heridas persisten, Gina comprendió que su futuro no tiene por qué ser una extensión de su sufrimiento. La libertad que logró es el primer paso hacia una vida donde pueda reconstruirse, cuidarse y, sobre todo, decidir por sí misma quién quiere ser.

VOCES, HISTORIAS Y EMOCIONES

YA NO ERES UN NIÑO



Allan aprendió demasiado pronto que la infancia no siempre es un refugio. Mientras otros niños jugaban o soñaban con futuros lejanos, él caminaba entre buses, mercados y calles ásperas, cargando sobre sus hombros la responsabilidad de sostener un hogar frágil y una madre enferma. La pobreza, la ausencia y el miedo se convirtieron en compañeros cotidianos, empujándolo a decisiones que ningún niño debería enfrentar.

YA NO ERES UN NIÑO

Voy a llegar tarde al colegio, pero no puedo irme hasta vender estas dos fundas de manzanas. Aún me falta para completar para las medicinas de mi mamita y creo que tendré que fiar la fruta para mañana. Con lo que tengo que pagar del puesto y lo de la comida, no voy a salir bien. Yo creo que otra vez voy a tener que retirarme del colegio; no me alcanza.

A veces veo a otros chicos de mi edad y me pregunto por qué yo no podré tener una vida más tranquila y una familia. ¿Qué se sentirá tener una familia? Bueno, yo tengo a mi mamita, pero ella sufre tanto. Es mejor que me deje de lamentos; con eso no consigo nada.

—¡Manzana, lleve su rica manzana!

—Oe, pelao Allan, pilas. Después de la fruta vamos a hacer unas vueltas; en este mes es bueno subir a los buses. Ayer, con este man de Maycol, sacamos diez latas.

—No puedo, tengo que ir al colegio. Después mi mamita se enoja si se entera de que no fui.

—Bueno, después no digas que no se te para bola; mira que tú necesitas la plata. Yo no más te digo.

—Sí, está bien. Mira, si mañana no pasa nada, los acompaño.

Allan se dijo: me da miedo decirles que no, pero más miedo me da que me agarren los pacos cuando esté sacándoles plata a los pasajeros. Estos manes a veces les quitan la plata con golpes; no quiero problemas.

En el colegio...

—Señor Calderón, estas no son horas de llegar y mire cómo viene, todo mugroso. ¿Usted cree que así es como debe presentarse al colegio? Vaya a inspección; yo no lo voy a dejar ingresar de esa manera.

—Está bien, profesor, disculpe —(se escuchan risas de fondo).

Allan pensó: es mejor que no le diga nada más. Ese profesor es lámpara y seguro se burla si le digo que vengo sucio porque estaba vendiendo fruta, y mis compañeros son burloncísimos. Mejor me voy no más.

—Calderón otra vez. Esta vez, ¿por qué te mandan a inspección? Muchacho, yo no tengo tiempo para estar solucionando tus problemas. Dime, ¿qué hiciste ahora?

—El profe de Lengua se enojó porque llegué tarde y dijo que estaba mugroso y que así no iba a dejarme entrar.

—Bueno, ¿y crees que el profesor está exagerando?

—No, señor inspector, pero no fue mi culpa; es que estaba...

—¿Estabas qué?

—No, nada. Se me olvidó lavar el uniforme.

—Bueno, usted sabe que es una falta grave; deberá traer a su representante.

—Pero es que ella no puede venir, está muy enferma. Por favor, perdóneme por esta vez; le prometo que no volverá a pasar.

—No puedo. Tú sabes cómo es ese profesor; es capaz de ir hasta el rectorado y no quiero problemas. Vaya a ver un balde para que se ponga a limpiar este pasillo hasta que se acabe la hora de Lengua; ya veré cómo te hago entrar a las otras horas.

—Hola, José, ¿cómo estás? ¿Cómo van estos chicos?, ¿dando problemas como siempre?

—Qué hay, profe. Aquí, lo de siempre. Ya sabe usted, tengo a este que vino tarde y sucio; le voy a mandar a ver representante. Carlos no lo dejó entrar al salón; usted lo conoce, cómo es: se pone histérico con estos chicos y no los deja entrar.

—Sí, sí, lo conozco. Por cierto, ¿me dejaría manejar este caso? Digo, con el chico que vino tarde hoy.

—Ahí va usted de nuevo, queriendo rescatar a estos chicos que al final ni agradecen lo que hacemos por ellos. Pero bueno, sé bien que no va a dejarme en paz hasta que le deje intervenir. Solo tenga cuidado, que algunos de estos chicos están en bandas; no lo olvide.

—Tranquilo. Si veo que no lo puedo manejar, le avisaré. Muchas gracias por dejarme ayudarlo.

—Eh, tú, muchacho, ven para acá. El profesor de Química es quien te va a ayudar; ve con él.

—Entonces, ¿ya no tengo que traer a mi mamá?

—Harás lo que el profesor te pida. Vete antes de que me arrepienta.

En el patio...

—Vamos a dejar ese cubo de limpieza. Creo que, si haces el esfuerzo de venir al colegio, no es para estar limpiando. No le digas al inspector que te dije eso, por favor.

—No se preocupe, profe, y gracias por ayudarme.

—No me agradezcas aún. Igual debes cumplir con una sanción, pero por lo menos no será limpiar. Dime, ¿cuántas veces a la semana tienes a primera hora con el profesor de Lengua?

—Los lunes y los miércoles.

—Entonces, ese día debes terminar antes de vender la fruta para que no llegues tarde, y creo que debes tener una camiseta limpia aquí para que te puedas cambiar y así no te molesten por llegar sucio.

Allan se queda mirando perplejo al profesor; no atina qué decir.

—¿Cómo supo que yo...?

—Bueno, no te asustes. Te vi en una ocasión que yo iba en el bus y supe que trabajas; además, he visto que llegas tarde, así que todo coincide. Llegas tarde porque trabajas y vienes sucio porque seguramente no alcanzas a llegar a tu casa, y por eso vienes sudado. Debo suponer que caminas desde el puente donde trabajas hasta acá.

Allan baja la mirada, avergonzado.

—Por favor, profesor, no se lo cuente a nadie. Mis compañeros son molestos y no quiero que me hagan bromas.

—Tranquilo. Una cosa más: solo te voy a preguntar esto por simple curiosidad. Una vez te subiste a un bus y no estabas vendiendo frutas; estabas pidiendo dinero y en tu discurso indicaste que tú vivías solo con tu mamá y que ella estaba muy enferma. ¿Eso es cierto?

—Pues sí, profe, es verdad. Es que a veces no me alcanza para comprar la fruta y me toca pedir en los carros. No lo hago siempre, pero me toca.

—Muy bien, Allan, no te tortures. Trabajar a temprana edad no es un pecado; a veces nos toca ayudar en casa y, en tu caso, te ha tocado hacerte cargo de tu familia

desde ahora. ¿Me dejas ayudarte? No te voy a dar dinero, pero puedo hacer que tu esfuerzo dé mejores resultados.

—Está bien, profe. No le entiendo mucho, pero gracias por apoyarme.

Al siguiente día, en el aula...

—Sandra, ¿tú eres amiga de Allan? ¿Sabes por dónde vive y con quién?

—La verdad no sé mucho. Él no habla mucho con nosotros; de hecho, no habla mucho con nadie. Pero vive por donde yo vivo. Sé que la mamá está muy enferma, eso le escuché a mi mamá. Creo que el papá los dejó cuando él era muy pequeño; los dejó o se murió, lo siento, no sé mucho. ¿Pasa algo con él, profe?

—No, hija, nada grave; solo era simple curiosidad. Una cosa más, ¿sabes si él tiene teléfono?

—Ah, no. Eso sí lo sé, porque en varias ocasiones le ha pedido a Grace que le escriba a una vecina para preguntar por la mamá, especialmente cuando la mamá está malita.

—Muchas gracias por avisarme; así podré ayudarlo.

—Sabe, profe, usted es raro, en el buen sentido. Lo digo porque es el único que se preocupa por los chicos vagos; los otros los tratan muy mal.

—No es que no los quieran; a veces los profesores no saben cómo tratar con estos chicos y, pues, aunque te cueste creerlo, yo era un estudiante muy malo y alguien me ayudó mucho en su momento, y creo que es lo menos que puedo hacer como agradecimiento.

El profesor se dijo para sí: en realidad veo mucho de mí en Allan y, más allá de eso, me siento en deuda con Dios por todo lo que ha hecho por mí y por mi familia.

Allan llega al aula otra vez muy sudado y agitado. En su cara se veía más que cansancio: miedo, un miedo profundo. Sus amigos lo notaron, pero no le dijeron nada.

Alguien que también notó cómo llegó Allan fue su profesor.

—Allan, ¿podemos hablar un momento?

—Dígame, profesor, ¿qué ha ocurrido?

—Hoy te vi llegar en las mismas condiciones en las que llegaste la vez anterior, con la diferencia de que estabas con un semblante diferente. Dime, ¿hay algo que deba saber? No olvides que estoy para ayudarte.

Allan entra en pánico y las lágrimas salen sin su voluntad.

—¿Qué pasa, Allan? Me estás asustando.

—Es que tengo mucho miedo y vergüenza. Hice algo terrible y no sé cómo quitarme este peso que tengo en mi corazón... —rompe en llanto.

—Tranquilo, a veces las cosas no son tan terribles como parecen. Dime lo que ha pasado y trata de no sobrepensar demasiado en lo que no ha ocurrido aún. Prometo que te ayudaré sin importar lo que haya pasado.

—Es que me dejé convencer por mis amigos y, después de vender la fruta hoy, fuimos a pedir dinero a los buses. Yo sabía que ellos iban y que les pedían de mala manera el dinero a los pasajeros, pero no sabía que robaban cuando se les presentaba la ocasión. Nos subimos a un bus que iba con pocos pasajeros. Víctor, mi amigo, al que de apodo le decimos Chanco porque es gordo, comenzó a pedirles dinero, pero como nadie nos dio, se puso a amenazarlos y mis otros amigos comenzaron a empujar a los pasajeros. Yo no sabía qué hacer. De pronto, Víctor

apercolló a una señora para quitarle el bolso; la señora se puso a forcejear con él y yo, sin pensar, lo empujé y le dije que la dejara en paz. Es que la señora me recordaba a mi madre y yo solo pensé en defenderla. Cuando nos bajamos, ellos me cayeron a golpes y me dijeron que, si quería que las cosas quedaran ahí, debía ir con ellos mañana para hacer otra vuelta, y que esta vez sería yo quien les quite las cosas a las personas; de lo contrario, van a venir a esperarme afuera del colegio para sacarme la madre.

—¿Y qué has pensado hacer?

—No lo sé, tengo mucho miedo. Es que ellos no trabajan solos; lo que roban se lo dan al que nos vende la fruta. Ese señor siempre me ha dicho que, si yo quiero, él me da la fruta y que no le pague, pero yo no le acepto: una, porque sé que él está metido en banda, y otra, porque me doy cuenta de que se nos acerca mucho a todos los chicos que vamos por ahí y creo que ese señor es medio raro; usted me entiende.

—Sí, no te preocupes, entiendo muy bien lo que te está pasando. Voy a pensar muy bien lo que me has contado. Búscame antes de que se acaben las clases para decirte qué vamos a hacer.

Allan, después de unas horas, pudo ver al profesor conversar largo rato por teléfono. Eso le produjo más miedo, pero en el fondo algo le decía que mantuviera la calma. Él no conocía al profesor, pero conocía muy bien a sus amigos de trabajo y a esas otras personas.

Al salir, el profesor llamó a Allan y le dijo:

—Mañana vas a salir normal a trabajar. Eso implica que no le digas nada a tu mamá; ya me contaste que está muy enferma, así que no la preocupemos innecesariamente. Cuando sea la hora de que termines de vender la fruta, vas a decirles a tus amigos —si es que se les puede llamar así— que quieres ir dos cuadras más adelante para empezar a pedir dinero en los buses. Tú me vas a ver allí y vas a empezar a pedir dinero en el bus que tú veas que yo me suba. De lo que te tienes que asegurar es de que no seas tú quien empiece a pedir dinero. Debes buscar la forma de que lo haga otro del grupo que va a andar contigo.

Allan no pudo dormir esa noche. El profesor no le había dicho mucho; él solo pensaba en su pobre madre y en cómo, en un momento y con una decisión, toda su vida estaba a punto de cambiar.

Por fin amaneció y Allan trataba de mantener la calma, pero madre es madre, y ella se había dado cuenta de que su hijo no estaba bien. De muchas maneras trató de impedir que Allan fuese a trabajar, pero él sabía que ya no era solo cuestión de él: sin querer, había implicado a un profesor en este asunto y no lo podía dejar solo. Salió pidiendo ayuda, mirando al cielo, ese cielo que muchas veces lo había visto salir a trabajar para sostener a su madre moribunda; ese mismo cielo lo veía ahora salir a buscar tal vez la muerte. Todo se le iba al piso en un instante; caminaba como un zombi, sin más motor que el miedo que lo empujaba abruptamente hacia el precipicio.

—Bueno, muchachos, ya mismo terminamos de vender. Ya le dije a don Alex que nos íbamos a sacar plata para mañana, porque esta fruta que nos dio hoy es fiada; si no le pagamos, no nos va a dar más. Además, el grifo que nos dio ayer también

es fiado. Le debemos bastante. No te olvides, Allan, que hoy tú vas a pedir la plata; nos lo debes por la movida de ayer.

—Sí, tranquilo, ya me lo dijiste ayer.

—¿Quieres pegarte una tamuga para los nervios? Así no recuerdas nada y puedes tener valor para someter a los pasajeros.

—No, ya te dije antes que yo no le hago a esa nota.

De pronto sale de un local un señor de mediana estatura, blanco y de aspecto algo limpio.

—Allan, ven un momento.

—Sí, dígame, don Alex.

—Los muchachos me han contado lo que les pasó ayer. Vamos a conversar a la bodega.

Mientras ellos caminaban a la bodega, los tres obreros que estaban allí salían riéndose entre ellos.

—Tranquilo, Allan, ya te dije la vez anterior que yo te puedo ayudar. Si necesitas dinero, yo te lo puedo dar. No deberías andar vendiendo fruta como esos otros vagos; tú tienes porte para otro tipo de actividades. Mírate: eres blanco, ojos claros, casi rubio; no estás hecho para estas cosas.

—Gracias, don Alex, pero ya le he dicho que a mí me gusta trabajar y no sabría hacer otra cosa. Debo terminar el colegio para poder dedicarme a otra cosa.

—Por eso mismo, mira, puedo pagarte los estudios y ya cuando trabajes me vas pagando.

Don Alex se acerca a Allan y roza su entrepierna mientras le habla casi al oído.

—Yo solo quiero ayudarte y que podamos estar juntos, solo eso.

—Déjeme en paz, viejo maricón; yo no quiero nada de usted.

Allan empujó a don Alex.

—Y no se preocupe, no diré nada a nadie, pero no me vuelva a tocar.

El viejo pensó para sí mismo: pronto caerás.

Allan salió de la bodega rojo y casi llorando. Todo le daba vueltas; de pronto recordó al profesor y todo lo que debía resolver. Tomó agua y trató de calmarse.

—Pilas, Allan, que toca ir a hacer la vuelta.

—Víctor, quería pedirte un favor.

—No me vengas con que no vas a ir. Ya le dije a don Alex y los muchachos están esperando. Además, don Alex dijo que él nos daba la fruta para mañana; no sé por qué, ese viejo es bravo. Creo que te tiene aprecio, supongo.

—Sí, bueno, sí voy, pero ¿crees que tú puedas empezar a pedir la plata, solo en el primer bus, para ver bien cómo lo haces? En el segundo lo hago yo, ¿te parece?

—Bueno, está bien. Yo pido, pero tú les metes la mano mientras yo los puteo para que den sin protestar.

Llegan al punto de siempre y Allan repara:

—Muchachos, vayamos más adelante; es que aquí la gente ya nos tiene vistos y se pueden mosquear.

Avanzaron más adelante y Allan alcanzó a ver al profesor. Estaba vestido igual que siempre, pero con gorra y, en vez de su portafolio, llevaba una mochila de campista y gafas. Los otros chicos no estudiaban con Allan, así que para ellos era una persona más en la vía.

Se acerca un bus y Allan piensa que el profesor se subirá a ese. Los otros chicos se alistan: unos para subir por la puerta de adelante y otros por la puerta de atrás. Pero Allan se da cuenta de que el profesor no se sube al primer bus, sino al segundo, y le dice a sus compañeros:

—Muchachos, mejor al que viene atrás; ese tiene más pasajeros.

—Esa es, Allan; viste que eres pilas para eso.

Suben al bus. El profesor se ha sentado en medio y mira hacia la ventana. Comienzan a pedir dinero, pero casi inmediatamente Víctor comienza a tocar un pedazo de madera que simulaba un arma y amedrentaba a los pasajeros para que les den un dólar o les quitaban sus pertenencias. De pronto, Allan pasa junto al profesor, quien le dice en voz muy baja:

—Siéntate atrás y no hagas nada.

De repente, tres tipos se levantan y someten a los prospectos de delincuentes; los esposan y los bajan a todos, incluido Allan.

Allan se sintió traicionado. Nunca pensó que su profesor le hubiera hecho ese daño. Lo comenzó a odiar; tenía una mezcla de sentimientos. Pensaba en su madre, en el profesor traidor, en el viejo de la fruta, en sus compañeros. Todo apestaba en su vida; por donde miraba era tragedia y traiciones.

El viaje fue casi una eternidad, aunque solo duró una hora hasta la comisaría.

Cuando llegaron, todos lloraban. De repente, los hombres bravos y amenazantes que sometían a los pasajeros se convirtieron en niños que suplicaban piedad.

El policía a cargo les dijo que lo que habían hecho era un delito grave y que se llamaría a las familias para que supieran a dónde los iban a llevar. De los cinco que andaban, solo dos dijeron tener familia; los otros dormían en la bodega donde les daban la fruta.

Allan no hablaba; solo le salían lágrimas de miedo, de rabia y de vergüenza. Él no sabía qué pensar.

Los llevaron a calabozos diferentes. Allan sintió que algo no estaba bien: a los demás les tomaron las huellas y los pusieron juntos en una celda, pero a él no le tomaron las huellas y lo llevaron más lejos. Estaba solo. Esa soledad le dio tiempo para meditar las cosas. Se dijo:

—Al fin y al cabo, creo que me merezco estar aquí. Yo debí decir que no a estos, mis disque amigos, desde el principio. Ahora no sé cómo voy a hacer con mi

mamita. No se puede valer por sí misma. Dios mío, escúchame, por favor, ayúdame, dame otra oportunidad. No dejes que mi madre me vea así. No lo hagas por mí, yo no valgo nada, soy una basura, pero ella, mi mamita linda... te lo ruego.

Cayó al piso rendido. Mientras estaba de rodillas, sonó la reja.

—Allan, ¿estás bien? Levántate, hijo, por favor.

—Profesor, ¿pero qué hace aquí? ¿Por qué me hizo esto, profe? Me llevarán, me llevarán y no veré más a mi madre. Ay, mi mamita, mi mamita linda, profe, por favor, no me haga esto.

—Tranquilo, hijo. Siéntate, déjame explicarte; no te aceleres.

—Verás, cuando me contaste ayer lo que te pasaba, me asusté mucho y no sabía cómo ayudarte. Honestamente, pensé que ya no había forma de sacarte de ese lío. Pero recordé que tengo un exalumno que trabaja en la policía; sabes, él también tuvo una vida difícil y, cuando le conté lo que pasaba, no dudó en ayudarme. La mayoría sabe que siempre quiero rescatar a los que están en apuros. El punto es que los policías ya tenían reportes de unos jovencitos que estaban asaltando en los buses de esa zona. Con tu ayuda pudimos cogerlos y yo les había dicho que tú estabas colaborando, así que no irás preso. Eso sí, debes alejarte de toda esa gente; con esa condición no te van a recluir ni dejarán información de ti en el juzgado. Además, tenían que cogerte con los demás; de lo contrario, ellos y los que están detrás de esos chicos hubieran sospechado.

—Ahora bien, ya sabes que en cierto modo tienes otra oportunidad. Creo que sería mejor que te cambies de colegio y he pensado que podrías dedicarte a otra cosa.

—Profe, le digo de una vez: gracias por todo lo que ha hecho, pero a mí me gustan las mujeres.

—Mmm, no entiendo lo último. ¿Qué tiene que ver que te gusten las mujeres?

—Es que no dejo de preguntarme por qué me ayuda.

—Entiendo. Mira, hijo, porque así te veo, como a un hijo. Está bien que estés alerta; la ayuda, por muy ayuda que sea, siempre debe analizarse. A veces la gente ayuda porque espera algo a cambio y, en cierto modo, yo sí espero algo a cambio de todo lo que estoy haciendo por ti, pero no es nada indebido. Espero que tu vida mejore y que puedas darle una mejor condición a tu mamá. Supongo, por tu forma de reaccionar, que ya alguien intentó ayudarte y te pidió hacer algo incorrecto. ¿O me equivoco?

—Es verdad lo que me dice, profe. Perdóneme, es que hoy me han pasado muchas cosas y tengo la mente nublada. Le ruego me sepa perdonar.

—No te preocupes, es bueno que los amigos sean sinceros. ¿Podemos ser amigos, verdad?

—Sí, profe, yo seré su amigo porque usted ya me demostró que es mi amigo.

—Bueno, vamos; debo llevarte con tu mamá, que seguro estará asustada al ver que no llegas.

En casa de Allan

—Como le dije, mi estimada señora, realmente Allan fue muy valiente y gracias a eso esos chicos serán reformados. Pero, por las dudas, creo que es mejor que Allan se aleje por completo de esas personas y busquen otra forma de ganarse la vida.

—Gracias, profesor. Como usted habrá notado, mi salud no es buena. Aún el médico no nos ha dado los resultados finales, pero es evidente que no es algo

bueno, porque cada día estoy más delgada y las fuerzas me faltan. No sé cómo ayudar a mi hijo... —comienza a llorar.

—Mamita, no llores. Voy a buscar trabajo, algo saldrá. Te juro que todo va a salir bien.

—Señora, ¿puedo preguntarle algo a solas?

—Dígame, profesor, aunque sospecho lo que me va a preguntar. Es sobre el padre de Allan, ¿verdad?

—Sí, señora, así es; en estos momentos se necesita toda la ayuda posible.

—Verá, profesor, como se habrá dado cuenta, Allan no se parece a los niños de por aquí. Yo era empleada de la casa donde vivía el padre de Allan. Yo era joven y bastante ingenua. El padre de Allan me enamoró y por un tiempo hizo el esfuerzo de estar conmigo, pero él estaba acostumbrado a lujos y este sitio no era para él. Sus padres lo mandaron al exterior. Yo, para que él busque su destino, nunca lo denuncié. Rafael, así es su nombre, Rafael Calderón. No supe más de él y no sabría por dónde buscarlo; y si lo encuentro, no sabría si él se quiere hacer cargo. En tanto tiempo no nos ha buscado y no creo que lo haga ahora por su propia cuenta.

—Pero si él apareciera, ¿usted dejaría que ayude a Allan?

—Míreme, profesor, estoy muriendo. No tengo poder de decisión bajo estas circunstancias.

En la noche, en casa del profesor

—¿Qué pasa, amor? Hoy llegaste muy callado, ¿todo está bien?

—Sí... bueno, fue un día difícil. En parte ya te lo conté por teléfono.

—Pero hay algo que te preocupa. Igual ya quedamos en que vamos a ir a visitar a ese alumno tuyo; lo vamos a ayudar para que se dedique a otra cosa. ¿Qué más te preocupa?

—Allan sí tiene padre vivo, o por lo menos eso creo. Camino de regreso venía pensando... ¿te acuerdas de tu amiga, la que vivía en Italia y que vino casada?, ¿cómo se llamaba?

—¿Quién?, ¿Nila? Sí, ¿qué tiene?

—Ella se casó allá con otro ecuatoriano, ¿verdad?

—Sí, no lo he tratado mucho, pero ¿qué tiene que ver con lo que estamos conversando?

—No, nada, solo me acordé. Nos invitaron a comer el sábado; por eso me acordé y, como quedamos en que íbamos donde Allan, pues eso.

—Sí, pero podemos ir donde tu alumno y en la noche vamos donde Nila. No me digas que no quieres ir; mira que ya le dije que sí íbamos.

—No te preocupes, sí vamos; yo también los quiero conocer.

El sábado, en casa de Allan

—Entonces, Allan, ¿qué te parece si preparas estos productos de limpieza que te hemos enseñado a preparar con mi esposa? Así puedes tener ingresos. Voy a hablar con algunos amigos y exalumnos que tienen negocios para ver si te compran el producto; de hecho, quizás haya alguno que quiera que les hagas la limpieza y eso te dará un ingreso extra. Lo importante es que puedas salir adelante.

—Así es, Allan. Yo quiero felicitar a tu mamá; se ve que ha hecho un excelente trabajo. Eres un jovencito muy bien educado y trabajador, todo va a salir bien. Si les parece bien, me gustaría venir otros días para conversar y poder ayudarles en la preparación de los productos; hay otros que me gustaría que aprendas, que también se venden mucho.

—Muchas gracias, profesor, y a usted, señora. No saben cómo me están ayudando; así podré comprar las medicinas a mi mamita.

—Allan, ¿cuándo tienen cita con el médico?

—El martes; allí nos dirán qué tratamiento le van a hacer a mi mamita.

—Yo también quiero agradecerles por todo lo que hacen por mí, Allan. Si mis días están contados, me da gusto que se quede con personas que lo quieren de verdad.

—No digas eso, mamita. Tú te vas a curar, ya lo verás, todo saldrá bien.

Sábado en la noche

—Mucho gusto, ¿usted es Nila?

—Hola, mucho gusto. ¿Usted es el esposo de Deysi? Ella me ha conversado muchas cosas; veo que es un hombre al que le gusta mucho su profesión, eso no es muy común. Este es mi esposo.

—¿Cómo está? Rafael Calderón, un amigo más.

—Mucho gusto, Rafael.

Luego de unos momentos de plática vana y vagos recuerdos, cuando todos parecían haber congeniado, el profesor ve la oportunidad. Debe salir de dudas. Según todo lo que había escuchado, los datos coincidían; debía preguntar. Ahora todo era cuestión de saber si el hombre era en verdad ese... un hombre que reconocía lo que había dejado atrás. ¿Cómo abordar el tema? Bueno, solo quedaba preguntar directo. Si no era él, sería sencillo, y si lo negaba tampoco sería la muerte; con disculparse por el error bastaría. Por lo menos lo habría intentado.

—Este... Rafael, ¿podemos conversar brevemente? Aprovechando que las señoras han ido a ver la ropa que su esposa les ha traído.

—Claro, cuéntame. ¿Eres profesor, según escuché?

—Sí, precisamente. Y pues, por rara que parezca la vida, soy profesor de tu hijo, de Allan, el hijo que tuviste con Elena.

Rafael se pone pálido y se sostiene con la mano derecha del mesón del bar. No sabe para dónde mirar y baja la mirada, como si recibiera un torbellino de recuerdos. Esa reacción fue suficiente para que el profe supiera que era la misma persona.

—¿Cómo sabes de Elena y de Allan? Nila no lo sabe; por favor, no me expongas.

—No te preocupes, no lo voy a hacer, pero debo contarte algunas cosas y espero que, después de decirte todo lo que te tengo que decir, sepas comportarte como el hombre que creo que eres.

El martes, en el consultorio

—Bueno, mi señora, tengo los resultados de sus exámenes. ¿Andan solo los dos?

—Sí, doctor, somos solo los dos, mi niño y yo. Dígame, doctor, ya no aguanto esta espera.

—Mi señora, usted tiene cáncer en el páncreas; es terminal. Le queda poco tiempo. Siento mucho tener que darle esta noticia, pero es mejor que lo sepa y que pueda decidir qué hacer con el tiempo que le queda.

La noticia derrumbó a los dos; eran una sola persona en el abrazo que se daban.

Allan abrazaba a su madre con tanta fuerza que parecía que se iban a fusionar. Su llanto era ahogado y casi silencioso. No lo podía creer: la única persona que realmente lo amaba se le estaba yendo de las manos. Se le iba de su vida y, con su

partida, se llevaba la vida de él también. Allan sintió una impotencia profunda; no solo era no tener dinero, era no tener vida para dársela a su madre. Era no poder cambiar las cosas, no poder ser él en vez de su madre, era no poder ser Dios.

—Doctor, por favor, dígame que esto es un sueño. No puede ser que mi mamita se me esté muriendo.

—Lo siento, hijo, no puedo mentirte, es la realidad. Ahora, tú eres lo único que ella tiene, según entiendo; te toca darle los mejores días de su vida y darle la seguridad de que, cuando ella no esté, tú serás un hombre de bien. Ya no eres un niño, así que cuida de tu madre como nadie más lo puede hacer.

Ambos salen del consultorio y, al llegar a casa, se encuentran con el profesor y otro hombre que Allan no sabe quién es; de hecho, ninguno de los dos lo reconoce.

—Allan, ¿cómo estás, hijo? ¿Cómo les fue con el médico?

Allan abraza a su profesor con mucha fuerza.

—Mi madre se me muere, profe. No hay nada que hacer y yo me estoy muriendo con ella.

—Chuzo, creo que no es buen momento para lo que tenía pensado hacer.

—¿Qué cosa, profe? ¿Quién es su amigo?

—¿Me dejas hablar con tu madre un momento?

Los tres adultos salen de la casa y Allan se queda solo con sus pensamientos. En su cabeza seguía retumbando la frase del médico: “Ya no eres un niño”.

Efectivamente, ya no era ese niño que al salir de la escuela iba corriendo a abrazar a su madre, que después de trabajar iba a casa cansada y le preparaba la comida; ya no era ese niño que, cuando estaba enfermo, su madre lo cuidaba toda la noche poniendo paños de agua en la frente; ya no era ese niño que en Navidad esperaba con ansias el juguete que su madre le llevaba. Toda su vida había sido con su madre y ahora le habían dicho que debía dejar de ser niño para convertirse en hombre: un hombre sin madre, un hombre hecho de dolor y de pérdida, un hombre forjado en la carencia y el sufrimiento.

Mientras tanto, afuera se llevaba a cabo otra lucha.

—Supe que eras tú cuando vi cómo mirabas a Allan. No sé cómo el profesor dio contigo, pero muy a pesar del dolor que me dejó tu partida, ahora debo pensar como madre y decirte que estoy muriendo, como lo escuchaste de tu hijo. Mis días están contados. No te pido arrepentimiento, no te pido nada más que te ocupes de tu hijo; yo ya no importo. Mi cuerpo está muriendo y mi amor por ti murió antes que mi cuerpo. Te amé, sí, y mucho. Cuando veía crecer a Allan, veía cómo se iba pareciendo más a ti: alto, fuerte, guapo. Mi hijo es bello, por dentro y por fuera. Lo he educado de tal manera que no te odia; siempre le hablé bien de ti, de lo mucho que lo amabas y de cuánto te dolió dejarnos. Pero los hijos crecen, Rafael, crecen, y con ellos crecen sus dudas. Muchas veces no pude contestar todas sus preguntas sobre ti. Hoy me han dicho que me quedan pocos días de vida y solo te pido que no me dejes a mi niño solo. No te pido que te lo lleves a vivir contigo; mi hijo se sabe valer por sí solo y no creo que él quiera vivir contigo, por lo menos no ahora. Pero no lo dejes solo, por favor. Te lo pide una madre moribunda: no lo dejes solo a mi bebé.

—Elena, no sé qué decir. No hay palabras que puedan reparar el daño. Fui un cobarde y un estúpido, pero ya las cosas están dadas. Me fui por temor: temor a mis padres, o más bien a perder lo que ellos me daban; temor a no poder mantenerte. Te veía a ti y a mi hijo y no sabía cómo darles de comer. En ese tiempo yo era un inútil, vivía de lo que mis padres me daban. Cuando llegué a Italia, mi madre me dijo que tú te habías perdido, que ya no estabas donde vivíamos. Mandé algunas veces dinero para ti y el niño, pero mi madre me decía que no sabía cómo localizarte. Cuando murió mi madre, ya no hubo quien pudiera darme razones de ti y tuve que casarme con la que ahora es mi esposa para estar legal allá. Como tú bien dices, ya nuestro amor murió; yo amo a mi esposa, pero quiero recuperar el amor de mi hijo, aunque me cueste el doble de años de abandono que les di. De nuevo, perdón.

—No te preocupes, las explicaciones sobran. Quiero que hoy te vayas; debo preparar a mi hijo para darle la noticia. Ven mañana, pero quiero que vengas con tu esposa y con un plan para sacar adelante a nuestro hijo.

—Está bien, aquí estaremos mañana.

El profesor y Rafael se despiden de lejos de Allan. El profesor le dice a Allan que en unas pocas horas lo verá en el colegio; hoy será el último día que Allan vaya a ese colegio.

—Profe, ¿por qué se fue rápido en la mañana? Yo me quería despedir de usted porque no quería venir al colegio hoy, no me siento bien.

—Lo sabía. Después de esa noticia, sabía que no querrías venir al colegio, pero tus compañeros te han preparado una pequeña despedida y no quería decepcionarlos.

Además, quizás esta sea la última vez que yo también te vea; te vas a otro colegio y no nos veremos tan seguido.

—No me diga eso, profe. Ya mi mamita se me va; no quiero perder a más personas en mi vida. No tengo padre, solo me queda usted.

—Bueno, hijo, debes ser fuerte. Yo estoy para ayudarte, pero a veces uno debe tomar la poca vida que le queda y comenzar a construir a partir de los escombros que el destino te deja. Tú eres fuerte, lo sé; por lo tanto, no espero que te des por vencido. Quién sabe, y mañana la vida te dé una sorpresa y las cosas no sean como tú esperas.

—No le entiendo, profe. ¿Cómo que mañana tendré una sorpresa?

—No me hagas caso, hijo. Vamos a la fiestita que te han preparado tus compañeros y ya mañana veremos cómo resolvemos lo demás.

En casa de Allan, por la noche

—Hijo, debemos conversar un momento. En la mañana el profesor vino con alguien más; lo viste bien. Ese hombre era tu padre. El profesor dio con él y le ha pedido que venga.

—¿Cómo?, ¿pero qué me dices?, ¿cómo que mi padre?, ¿cómo me dices eso?

—Como lo oyes, hijo. Ese señor era tu padre. Ahora escúchame bien: yo no te estoy diciendo esto para que inmediatamente lo aceptes, pero la premura de la muerte me hace actuar así. Mírame, pronto yo no voy a estar contigo y el profesor y su esposa, aunque buenas personas, no son tu familia. Ellos querrán ayudarte y lo harán, pero no serán tu familia. La sangre es un vínculo que Dios ha puesto para que podamos estar juntos y darnos amor. Él, tu padre, ha venido a recuperarte; está arrepentido y ya sabe que estoy muriendo. Quiero que seas fuerte y te dejes

ayudar. Él viene mañana y debes escucharlo, comprenderlo y aceptar la ayuda que te vaya a brindar.

—¿Cómo me puedes pedir eso, así, sin más ni más? Yo no lo quiero ver. Nos dejó botados a la buena de Dios; hemos pasado muchas necesidades y ahora tú estás enferma por culpa de él, porque si él no nos hubiera dejado, nada de esto habría pasado. Yo no quiero hablar con él.

—Hijo, debo confesarte algo. Cuando eras muy pequeño, él, tu padre, no quería irse, pero teníamos muchas necesidades. Tu padre no sabía hacer nada; siempre vivió entre lujos y dejó todo eso por mí. Pronto me di cuenta de que él no sabía cómo mantenernos y los padres de él, cuando se fue a vivir conmigo, le dieron la espalda. Un día, cuando tú estabas enfermo, fue a pedir ayuda a sus padres y ellos le dijeron que lo ayudaban solo con la condición de que él se vaya a Italia y empiece de nuevo. Al principio, tu abuela vino dos veces con dinero para supuestamente ayudarnos, pero cada vez que venía me humillaba y decía repetidas veces que tú no eras hijo de él. Yo me cansé de su maltrato y decidí irme lejos de ellos; así fue como vinimos a vivir aquí. Tuve que trabajar en esa camaronera y tener doble turno para poder salir adelante. Así que, si tú no pudiste criarte con tu padre, no fue solo culpa de él. Todos los que debimos comportarnos como adultos no lo hicimos y, egoístamente, buscamos nuestra razón basada en el orgullo y nos olvidamos de ti. Por ello, hijo mío, te pido que no cometas el mismo error; no decidas con coraje ni con orgullo. Por favor, rompe las cadenas del odio y deja que Dios te dé la mano. Estoy segura de que es Dios quien ha enviado a tu padre en este preciso momento.

—Ay, mamita, no sabes cuánto te amo. Lo voy a hacer por ti; aún tengo mucha rabia, pero por ti soy capaz de tragarme esa rabia y que estés contenta.

Al día siguiente

—Hola, Allan. Tal vez tu madre ya te dijo quién soy.

—Hola, sí, ya me lo dijo. Mire, señor, le voy a hablar claro. No pretendo ser grosero, pero usted comprenderá: crecí pensando que mi única familia era mi madre y, por mucho tiempo, pensé en mi padre y en por qué nos había dejado abandonados. No pretendo que me lo explique, ya para qué. Sus explicaciones ya no importan; por lo menos, a mí ya no me importan. Mi madre se me muere y con ella la única familia que tengo. Ahora llega usted y, la verdad, no sé qué sentir. Mi madre me ha dicho que no ha sido culpa suya el hecho de que se tuviera que ir a Italia, pero yo le digo: cuando uno ama, no abandona; cuando uno ama de verdad, acompaña sin importar las circunstancias. El hombre que vino ayer con usted se ha comportado como un padre más de lo que usted pudo serlo en todo este tiempo. Así que espero que comprenda: voy a aceptar su presencia en mi vida, pero no me pida que lo llame padre, porque eso se debe ganar. No es solo el hecho de que yo lleve su apellido y tenga su misma sangre; la paternidad se construye día a día, abrazo por abrazo, con amor y compañía.

—Sabes, acepto y comprendo todo lo que me dices. Es verdad, fui un cobarde y no tuve el valor para luchar por lo que amaba en ese entonces. Hoy estoy aquí frente a ti, no para pedirte que me perdones; voy a ganarme tu perdón con acciones. Pero tu madre está muy enferma y quiero ayudarte. Sé que vengo tarde, pero aquí estoy, Allan, dando la cara para decirte que esta vez no vengo como un padre, sino como un amigo. Es verdad, tu profesor es una buena persona; él me buscó, bueno, me halló por coincidencia, pero no sabes cómo agradezco a Dios que te haya puesto personas de buen corazón en tu vida.

Me dices que te vas a cambiar de colegio. Verás, afuera está mi esposa. Con ella no he tenido hijos y, cuando le conté de ti, quiso venir a conocerte. Ella también me reprochó mi cobardía, pero al final me comprendió y quiere conocerte. Por otro lado, no sé si a ti te parece bien que, por lo menos mientras tu mamá se repone, puedan ir a vivir con nosotros; así estarán más cuidados y tú puedes darle un buen final a toda esta historia.

Allan rompe en llanto y abraza a su padre.

—Mijo lindo, perdóname, te lo ruego. No te volveré a dejar solo. No puedo remediar todo lo que has sufrido, pero déjame estar presente en tu vida de ahora en adelante.

—Está bien. No sabes cuánto le pedí a Dios que me dejara saber quién eras. Yo te he extrañado tanto.

Días después

—Allan, qué grata visita. Pasen, por favor. Qué bueno verte, mijo.

—Hola, profe. A mí también me da gusto verlo. Le pedí a Rafa que me trajera, necesitaba verlo. Usted es mi amigo, profe, y de los buenos.

—Cuéntame, ¿cómo está tu mamá?

—Está estable. Nos pasamos a vivir con Rafael, por lo menos hasta que mi mamita se recupere o pase lo que tenga que pasar. La señora Nila ha sido una excelente persona y nos trata muy bien. El colegio donde estoy es distinto, pero tengo buenos maestros.

—Puedo ver que algo te preocupa. ¿Quieres hablar de eso?

—Sí. Rafael, ¿puedes dejarnos solos un momento?

—¿Aún te cuesta decirle papá?

—De eso mismo quería hablarle. Es que, verá, profe, Rafael es una excelente persona y su mujer igual. Mi mamita ha mejorado mucho y mi vida ha dado un giro total. Pero se me hace difícil perdonar; cuando quiero tratarlo mejor, todo se me viene a la mente y el rencor se apodera de mi corazón. Por eso vine. ¿Qué puedo hacer?

—Te entiendo, hijo. No te tortures por eso, es normal sentirse así; al fin y al cabo, solo han pasado dos meses desde que tu vida era un caos, ¿lo recuerdas? Es normal que aún no sientas el impulso de decirle papá o que lo que sufriste se borre automáticamente. La vida no es cuestión de borrar una mala acción con una buena acción; las heridas deben cicatrizar. Pero mientras llega el día en que le digas papá, debes esforzarte por respetarlo. Porque de nada sirve que a uno le digan papá si los hijos no lo respetan, y hay veces que nosotros respetamos más a otras personas que a nuestros propios padres, porque se han ganado ese espacio en nuestro corazón.

—Eso me pasa a mí, profe. Yo a usted lo veo más como a un padre, más que a Rafael, pero me siento mal.

—Bueno, te aseguro que en el momento menos pensado ya le estarás diciendo papá. Mientras tanto, aprende a amarlo por lo que es y no por lo que tú esperas que él sea. Eso facilitará las cosas. Vas por buen camino, miijo; tú eres buena persona y, por otro lado, ambos deben estar muy unidos para estar listos el día que tu mamita deje de estar entre nosotros. Así que fuerzas, que cada día es una oportunidad para ser mejor persona.

A manera de conclusión

Ser docente en este milenio es un reto que, en parte, implica sacrificio y, por otro lado, puede resultar profundamente gratificante. No podemos negar ni evadir la gran responsabilidad que conlleva educar almas que traen consigo un bagaje de situaciones de riesgo y emociones, producto de ciclos de vida mal cerrados. A su vez, el docente no solo lucha con las historias que los estudiantes cargan, sino también con las cicatrices que han marcado su propia historia y la de sus seres queridos.

Voces e historias no pretende decirte qué hacer ni cómo pensar ante un caso determinado, tampoco busca invitarte a emitir juicios de valor sobre el actuar de sus personajes. Eso dejémoslo para quien crea tener una vida perfecta y, desde una supuesta superioridad moral, se considere capaz de definir el bien y el mal.

Este conjunto de relatos únicamente busca tocar tus emociones y permitirnos llegar juntos a una conclusión: nadie tiene la vida perfecta ni comprada. Todos sufrimos y lloramos en silencio; muchos dejan que el dolor se instale en su existencia como un inquilino molesto, paseándose sin pudor y consumiendo poco a poco la felicidad. En ocasiones, el sufrimiento nace de las altas expectativas que depositamos en los demás o en nosotros mismos. Sin embargo, no debemos olvidar

<https://editorialsival.com/>

que, por más esfuerzo que hagamos, cada persona tomará sus propias decisiones, y dependerá de nosotros permitir que nos afecten o no. Esto no significa volverse indolente ni construir una apatía emocional; se trata de crear un círculo protector que nos permita seguir siendo funcionales a pesar de las vicisitudes de la vida.

La madurez emocional va mucho más allá del simple deseo de ser fuerte; es una verdadera filosofía de vida. Walter Riso lo expresa con claridad cuando afirma: “No pidas permiso para cambiar; la transformación interior no requiere el visto bueno de nadie”. Muchas almas que sufren permanecen atadas a las decisiones de otros y prisioneras del miedo que implica elegir. No es posible permanecer en una zona de confort que en realidad es sufrimiento y limitarse a decir: “no puedo hacer más que soportar”.

La valentía consiste precisamente en atreverse a salir de esa falsa comodidad y avanzar hacia la zona de desarrollo próximo, aquella que nos conduce a cambios reales y a una transformación auténtica.

Lisette nos enseñó que comprender correctamente los conceptos de vivir y morir puede generar cambios profundos y trascendentales. No se trata solo de aceptar la muerte cuando llegue, sino de procurar que nuestros días terminen mejor de lo que comenzaron. Ella también nos dejó otra lección invaluable: debemos nutrirnos de los momentos y de las personas correctas. Si bien la vida suele sorprendernos a cada paso, también nos regala encuentros capaces de transformar nuestra perspectiva de la realidad. Al final, a quien lea estas páginas, vale la pena recordarle que lo importante no será cuántos amigos o bienes acumuló, sino los recuerdos y

enseñanzas que dejó en quienes continúan en este mundo. Permanecer en la memoria de las personas correctas es el verdadero símbolo de la perpetuidad.

Si la vida de Alex te resultó familiar o si has experimentado angustia, depresión o apatía por la vida, no estás solo. Todos atravesamos crisis existenciales, y estas no nos definen como valientes o cobardes. Cuando la depresión alcanza su punto más alto, lo que prevalece es la ausencia de respuestas. Alex nos invita a mirar más allá de las apariencias, a leer los silencios y las miradas fugaces de quienes, desde la oscuridad del dolor, claman por ayuda. Seamos esa mano extendida y esa voz que susurra al corazón desesperado: “todo va a estar bien”. Jamás minimicemos situaciones como la suya; la vida y la muerte penden de un hilo tan frágil como nuestras decisiones y la compañía que ofrecemos en el momento oportuno.

Ser adolescente ya implica transitar etapas de cambio cargadas de dolor; vivir lo que vivió Gina es tocar fondo. Sin embargo, ella, a pesar de su corta edad y de su entorno adverso, fue capaz de levantar la voz y decir basta. Su historia es un llamado a detenerse, mirar alrededor y reconocer que siempre existen opciones y personas dispuestas a ayudar. No rendirse es un acto de supervivencia y de dignidad; Gina lo logró, y muchos otros también pueden hacerlo.

Harper Lee afirmó que “muchos reciben consejos, pero solo los sabios se benefician de ellos”. Jorge, sin conocerla ni haber leído *Matar a un ruiseñor*, comprendió esa verdad. Su historia evidencia cómo la violencia y la perturbación humana pueden trascender generaciones. Ante los obstáculos de la vida, solo existen dos opciones: intentar superarlos o permanecer inmóvil ante su magnitud. La respuesta que cada

uno daría ante la historia de Jorge revela mucho de lo que somos, y no se trata de juzgar, sino de asumir el peso de nuestras decisiones.

El despertar emocional puede influir profundamente en nuestras acciones, como lo comprendió Adrián. Su relato no trata de orientación sexual, sino de la forma en que se inicia el amor. Amar es un acto del alma, ajeno a etiquetas, edades o credos. Si una opinión no aporta felicidad ni a otros ni a uno mismo, quizá sea mejor dejarla descansar en el silencio. Permitir que Adrián ame como elija es, en esencia, un acto de humanidad.

Cuando el amor no es correspondido, cobra sentido la frase de Isabel Mercer: “amar también es dejar ir”. Narcisa aprendió esa lección en su propio tiempo, porque sanar no obedece a cronogramas. Su historia invita a una reflexión honesta sobre aquello que nos lastima y que, muchas veces, permitimos que continúe haciéndolo. Como dijo Pau Donés: “la vida son cuatro días y tres ya pasaron”. La autocrítica sincera puede ser la llave que abra la puerta a la libertad emocional.

Tomar decisiones difíciles es aún más complejo cuando estas afectan a quienes amamos. Allison tuvo que enfrentarlo siendo apenas una niña, cargando con orfandad, abandono y prejuicios. Su historia no puede reducirse a categorías de bien o mal; cada decisión nace de cicatrices invisibles. Si lo que no mata fortalece, Allison tenía todas las posibilidades de salir adelante, pues había aprendido, desde muy temprano, a amar sin condiciones.

Al final, Allan comprende que crecer no significa olvidar el dolor ni borrar el pasado, sino aprender a convivir con él y transformarlo en fortaleza. La pérdida inminente

de su madre, el reencuentro con un padre ausente y la guía desinteresada de quienes creyeron en él le enseñan que la vida se reconstruye paso a paso, con paciencia, respeto y amor. Las heridas no sanan de inmediato, pero el tiempo, acompañado de acciones sinceras, permite que el rencor se convierta en comprensión y que la soledad dé lugar a nuevas formas de familia. Así, la historia de Allan se cierra no como un final definitivo, sino como el inicio de una madurez forjada en el dolor, la esperanza y la posibilidad real de un futuro distinto.

Estas historias, nacidas en las aulas, colocan a quien las lee frente a un espejo incómodo pero necesario. Cada caso exige análisis, empatía y responsabilidad, considerando tanto el bien común como el interés superior del menor.

Sigamos, entonces, escribiendo nuestras propias historias con la pluma de la conciencia, dejando grabado en el corazón de quienes nos rodean que no hay nada más devastador que la inacción y que siempre debemos mirar más allá del sufrimiento.